Mujeres del día

Comedia en 3 actos
prólogo y epílogo
por
Emilio Gómez de Miguel

Barcelona
Biblioteca Teatral

MUJERES DEL DIA

COMEDIA EN TRES ACTOS
PRÓLOGO Y EPILOGO

— DE —

EMILIO GÓMEZ DE MIGUEL

Estrenada por la Compañía Bové-Torner en los Teatros Circo de Cartagena, Principal de Castellón, Ortiz de Murcia, Circo de Albacete, etc.

BARCELONA
BIBLIOTECA TEATRAL

PARÍS, 204

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni ptesentarla en España ni en los paises con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados l representantes de la Sociedad de Autores Españoles, son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro ne los derechos de propiedad.

Droit de representation, de traduction et reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suede, la Norvègue et la Hòlande.

Queda hecho el depósito que marca la ley-

Copyright, by. E. Gómez de Miguel.

Gráficas Hudson. - Rosellón, 304.

A Laura Bové y Luis Torner.

Habéis dado honda y recia vida a estos protagonista de "MUJERES DEL DIA, y el autor os lo agradece en lo profnndo de su alma.

Que los públicos todos reciban la misma impresión de arte y de verdad que yo recibí al veros interpretar mi pobre obra, y que os den, como yo, el soberano título de actores excelsos.

EMILIO GÓMEZ DE MIGUEL

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
María Luz	Laura Bové
Marquesa de Monteblanco .	Mercedes Bayona
Federica	Consuelo Soriano
Laura	Angelita Torra
Víctor de los Nogales . . .	Luis Torner
Juan Bautista	Federico Rodríguez
Eduardo	José Esquembre
Leandro	Juan Sánchez

La acción del prólogo, actos 2.º, 3.º y epílogo en Madrid. La del acto 1.º en una capital de provincia. - Epoca actual.

PROLOGO

Telón corto, representando un gabinete en casa de la admirable y admirada escritora doña Carmen Amézaga, Marquesa de Monteblanco. Se supone la salida al exterior por la derecha. Comunicación por la izquierda con otras habitaciones. Una gran lámpara de pie. Invierno. Primeras horas de la noche. En escena, sentada bajo la lámpara, y leyendo, la Marquesa, distinguida dama, de preciosa y nevada cabeza, con un suave resplandor de bondad en su rostro. A poco, por la izquierda, Laura, su doncella, con un buen puñado de cuartillas en la mano.

LAURA Con permiso. Señora marquesa...

CARMEN Entra, Laura.

LAURA *(Dándole las cuartillas, que recoge doña Carmen, después de dejar el libro.)* ¿Era esto lo que quería la señora marquesa?

CARMEN Sí. ¿No habrá quedado sobre la mesa ninguna cuartilla?

LAURA Creo que no, señora marquesa.

CARMEN Yo lo veré. *(Las examina.)*

LAURA Estaban todas muy arregladitas. *(Pausa.)*

CARMEN No falta ninguna.

LAURA Perdóne la señora marquesa... pero yo quisiera hacerle una pregunta. ¿Eso es una novela?

CARMEN Sí, Laura.

LAURA ¡Qué bonita será!

CARMEN ¿Por qué?

LAURA Porque todas las novelas que escribe la señora marquesa son muy bonitas.

CARMEN ¿Has leído alguna?

LAURA Casi todas, señora marquesa.

CARMEN ¡Ah! muy bien. No te suponía lectora tan asidua...

LAURA Y esa la compraré en cuanto se publique.

CARMEN No es preciso. Yo te daré un ejemplar.

LAURA Muchas gracias, señora marquesa. ¡Qué difícil debe ser escribir!

CARMEN ¡Ps!

LAURA Y, sobre todo, poner los nombres. Eso debe de ser lo más difícil. Siempre que tiene un niño mi hermana, nos peleamos toda la familia por el nombre: ninguno nos parece bonito, y el que a uno le gusta no les gusta a los otros. Tardamos horas en decidirnos, y hasta días enteros... En cambio, la señora marquesa, con tanta novela y tanto personaje en cada una, y todos con sus nombres. Yo estoy asombrada.

CARMEN Es un mérito en el que no había reparado.

LAURA ¡Qué tonta soy, ¿verdad, señora marquesa? Pero iba a hacerle otra pregunta.

CARMEN Di, mujer.

LAURA ¿No ha puesto en ninguna novela mi nombre?

CARMEN En esta va.

LAURA ¿De veras, señora marquesa?

CARMEN Sí. En la segunda parte aparece una doncella que se llama Laura.

LAURA ¡Oh, qué bien!

CARMEN Y hay otros nombres de casa. Los protagonistas se llaman Víctor y María Luz.

LAURA ¿Cómo los señoritos?

CARMEN Como ellos... Y una doña Carmen sale también en la última parte.

LAURA ¿Cómo la señora marquesa?

CARMEN Como yo, sí. Esta vez se me antojó poner a las figuras nombres de mi alrededor.

LAURA ¡Qué curioso!... ¿Manda algo más la señora marquesa?

CARMEN Nada más. ¿No ha vuelto Leandro?

LAURA No, señora marquesa. *(Se dirige al mutis por la izquierda. Al llegar a él, ve a Leandro dentro y dice:)* Aquí lo tiene la señora marquesa.

CARMEN Que entre en seguida. *(Mutis Laura. Entra Leandro, un criado muy viejo, "institución" en la casa.)*

LEAND. ¿Da su permiso la señora?

CARMEN Sí, Leandro, sí. *(Avanza Leandro.)* ¿Traes alguna noticia?

LEAND. Sí, señora marquesa. Sabemos lo que queríamos saber. *(Mira receloso a todas partes.)* Mejor dicho, lo que no hubiéramos querido saber.

CARMEN Entonces, ¿era todo cierto?

LEAND. Todo, señora.

CARMEN ¿Con seguridad, Leandro? ¿Te has cerciorado bien?

LEAND. ¡Ya lo creo, señora!... ¡Llevo treinta años sirviendo lealmente a esta casa, y no viendo más que por los ojos de la señora. Y quiero a su hija, la señorita María Luz... como si fuese mía. La he visto nacer, señora marquesa; le salvé un día la vida, de niña; la he visto subir, y hacerse mujer... y casarse con un hombre a quien adora, y que en ella no vió más que el título y la fortuna. ¡Pobre señorita María Luz! ¡Y qué rabia la mía!... Figúrese la señora con qué interés habré seguido a ese hombre, al señorito Víctor, para ver si la engañaba

CARMEN ¿Y qué has averiguado?

LEAND. Pues verá la señora. Desconfiaba ya de que dieran resultado mis pesquisas, cuando la casualidad me lo ha descubierto todo. Me encontré en la calle hace poco a un antiguo amigo, criado ahora en casa de los señores de Roldán. Tiene mis años aproximadamente, y no se acordaba dónde servía yo. ¡Tanto tiempo sin vernos! Conque hablando, hablando, y escandali-

zado de las mujeres del día, lo mismo que yo, me dijo que su señora coqueteaba con un hombre casado; y que esta noche, en ausencia del marido, cenaba con él...

CARMEN ¿Y ese hombre?...

LEAND. Me lo nombró con todas sus letras: don Víctor de los Nogales, yerno de la marquesa de Monteblanco.

CARMEN ¡Me lo figuraba!... Y hasta no sé por qué pensé en Federica, la señora de Roldán. ¡Pobre hija mía!

LEAND. ¡No hay derecho, señora marquesa! La señorita María Luz, tan buena, tan hermosa, tan enamorada de su marido, tan distinta de estas mujeres del día... ¡No hay derecho!... Yo lo vi siempre, señora: don Víctor de los Nogales venía por la marquesita de Monteblanco, no por la señorita María Luz; buscaba en esta casa un título y una dote, no el corazón que la señorita María Luz le puso en las manos... ¡Qué desengaño cuando la señorita se entere!

CARMEN Pues es preciso que no lo sepa, Leandro. Y evitar esa infidelidad de su marido, si estamos a tiempo todavía. ¿Tú crees que entre mi yerno y esa... señora...?

LEAND. Por lo que ha explicado mi amigo, entre ellos no ha habido más que ese endemoniado "flirt" de que todo el mundo hace gala hoy día; pero cenando juntos esta noche... Además, esa... señora ha avisado que dormiría en casa de unos parientes; conque si don Víctor no duerme aquí... figúrese la señora.

CARMEN Se habrá consumado la traición. ¡Oh, qué infamia!... Que no sepa nada la señorita, Leandro. La conozco bien: ¡es tan diferente de las mujeres del día, como has dicho tú! Y ha puesto siempre su dignidad y su corazón por encima de todo. Si

llega a tener un desengaño de su marido... su vida se habrá roto para siempre. Es preciso evitarlo. A ver si la vieja marquesa lo consigue.

LEAND. Que Dios la ayude. señora. El señorito Víctor está ahora en sus habitaciones, vistiéndose, sin duda, para salir.

CARMEN Bien. Déjame, Leandro.

LEAND. A las órdenes de la señora marquesa. *(Mutis por la derecha.)*

CARMEN No me equivocaba. Dejé de escribir un nombre de mujer en la novela... aunque estuve para ponerlo muchas veces. *(Escribe en una cuartilla.)* Ya está: Federica. ¡Una mujer del día! Una mujer que iba a traer la desgracia y el dolor a este hogar!... Ahora está completa la novela, ¡completa! *(Pausa, hojea las cuartillas, como si las repasara. Por la izquierda entra Víctor de los Nogales, con abrigo de pieles, dispuesto a salir.)*

VICTOR Siempre trabajando, marquesa. En el despacho, en el gabinete, en todas las habitaciones de la casa.

CARMEN Siempre trabajando, sí.

VICTOR ¿Y por qué? No va a hacer más grande su fortuna, ni más ilustre su nombre.

CARMEN Puedo hacer más completa mi dicha.

VICTOR Si está en escribir esas novelas maravillosas...

CARMEN Tú siempre amable, querido yerno.

VICTOR Yo siempre justo, querida marquesa.

CARMEN ¿No comes en casa?

VICTOR No.

CARMEN ¿Ni esperas tampoco a tu mujer? Salió de compras; poco puede tardar.

VICTOR Más seguramente de lo que yo puedo detenerme.

CARMEN ¿Y comes en el club?

VICTOR En el club: íntima comida de amigos.

CARMEN Es todavía temprano.

VICTOR No es correcto llegar el último.

CARMEN Ni llegar el primero... ¿Tampoco duermes en casa?

VICTOR ¿Por qué lo dice usted?

CARMEN Esas comidas de club... esas reuniones de amigos... suelen terminar muy de madrugada.

VICTOR Es verdad. Y no puede uno retirarse el primero.

CARMEN Es más elegante hacerlo el último.

VICTOR ¡Por Dios, marquesa! Dé usted lo que quiera a María Luz.

CARMEN Oyeme, Víctor.

VICTOR Marquesa...

CARMEN ¿Por qué no me dedicas esta hora que falta para la comida? Durante ella, poco o nada habías de hacer en el club.

VICTOR Con el mayor gusto complacería, a usted, pero...

CARMEN Pero, ¿qué?

VICTOR Necesito marcharme.

CARMEN Voy a creer que no quieres encontrarte con mi hija. *(Gesto de asombro en Víctor.)* Anda, quítate el gabán y siéntate un rato frente a mí. Toda la noche es luego tuya.

VICTOR No puedo, mamá: se lo aseguro a usted. Y no sabe lo que me violenta...

CARMEN Siéntate. Te lo pido, Víctor; te lo ruego.

VICTOR *(Queriendo echarlo a broma.)* ¡Ja, ja!... ¿Rogarme que me siente, y una hora frente a usted, y con cuartillas en la mano? ¡Lectura tenemos! Pero, marquesa, ¿usted a estas alturas, en la edad y en la gloria, impaciente y astuta como una escritora novel? Esa novela será magnífica, como todas las suyas... ¿y qué puede pesar mi juicio en usted, si la respeto como hombre, la admiro como lector, y la quiero como marido de su hija?... *(Iniciando el mutis por la derecha.)* Lo dicho para María Luz.

CARMEN *(Seria.)* ¡Víctor!... *(El se vuelve.)* No eludas esta conversación: necesito que hablemos. Lo deseo, ¡lo mando!

VICTOR Marquesa... ¿permitirá usted que me sorprenda la palabra "mandar"?

CARMEN *(Irónica.)* ¿Cómo, querido yerno? ¿Acaso el ruego de una dama... para un caballero no fué siempre mandato?

VICTOR Pero la dama puede dejar de serlo, según como ruegue.

CARMEN Y según como responda... no será caballero el caballero. *(Pausa. Víctor se quita el gabán y acaba sentándose frente a la marquesa.)* ¡Je, je, je!... ¿Conque te figuraste que iba a leer estas cuartillas? ¿Mi novela última?... Y acaso lo sea realmente; tal vez esta novela es mi despedida de escritora, porque en ella he puesto mi alma... No te la leeré, si no es ese tu gusto; pero sí he de decirte los nombres de los protagonistas. Son tres: dos mujeres y un hombre. El hombre se llama Víctor de los Nogales; y de las mujeres, una María Luz, y la otra... Federica.

VICTOR ¿Por qué esos nombres, marquesa? ¿Quién es esa Federica, que ha puesto con María Luz y conmigo?

CARMEN ¿Vas a asombrarte de los nombres... como antes la doncella?

VICTOR Quiero saber qué significa...

CARMEN No sé contar los asuntos; he de leer la novela cuartilla por cuartilla.

VICTOR Pero...

CARMEN Y lo haré con el mayor gusto, si quieres escucharla. Pero si ya los nombres de los protagonistas ponen en tu alma un temor, y no quieres oírla... no la oigas.

VICTOR Es que no comprendo...

CARMEN No se trata de comprender; se trata de que temas lo que yo pueda leer... o que no lo temas.

VICTOR No lo temo.

CARMEN Pues oye. Y es mi propósito acabar a tiempo, para que no llegues el último a la comida del club. Tú eres en la novela el ingeniero "Víctor de los Nogales"; diriges en una capital de provincia el tendido de un magnífico puente colgante, has instalado tu cuarto de trabajo en un hotel, y tienes un ayudante que se llama Eduardo... ¡Ah! pero olvidaba decir el título: "Mujeres del día"; y leer el lema de la obra, que es así:

"Hombres casados con una mujercita que os adora: si al ir a engañarla, os viérais en un espejo víctimas de una traición, ¿la engañaríais?... Si al ir a destrozar su corazón pudiérais ver el vuestro destrozado, ¿lo haríais?..."

Y empieza la novela. *(Oscuro.)*

ACTO PRIMERO

Amplia habitación en un hotel de pequeña capital de provincia. Unica puerta, al foro izquierda. Ventanal en el foro derecha, con forillo de árboles. Una ancha mesa, cerca del ventanal, llena de planos, libros e instrumentos de dibujo. Otra mesita, abarrotada también de lo mismo. Una "chaise-longue" en el lateral izquierdo. De día. Una radiante mañana de principios de verano.

En escena Eduardo, el ayudante del ingeniero Nogales. Está sentado junto a la mesa grande, dibujando en uno de los planos, tirando líneas y más líneas. Pero en seguida se advierte que tiene el pensamiento en otra parte, porque constantemente se asoma al ventanal, y llega hasta la puerta del foro, mirando hacia adentro, con viva impaciencia de enamorado. Por fin ve algo, sin duda, abajo, en la calle, a través del ventanal, y entabla diálogo...

EDUAR. ¡Oh! ya está ahí. *(Escuchando.)* ¿Eh?... ¿Don Víctor? ¿Si ha vuelto don Víctor?... No, todavía no... Claro, mujer. Estoy yo solo... ¿Qué? ¿Cómo?... ¿que luego?... ¡Bien; como usted quiera!... Pero no tarde. Bueno. ¡Adiós... ¡Adiós!... *(La otra figura alejarse. El muchacho suspira hondamente.)* ¡Qué bonita es!... ¡Qué bonita! ¡Y cómo la quiero yo, Dios mío!... ¡Con toda

mi alma! *(Con alegría.)* ¿Eh?... Se vuelve a mirar. Ella también me quiere. ¿Por qué no será más largo este paseo? *(Despidiéndola con la mano.)* Adiós... Adioooóos... *(Como está sentado en el alféizar del ventanal, de espalda a la puerta, no ve entrar a Víctor, que se queda un rato mirándole.)* Adiós... Ya no se ve. ¡Maldita esquina!... *(Volviéndose, ve a Víctor.)* ¿Eh? ¡Don Víctor!...

VICTOR *(Hombre joven, de gesto entre desdeñoso y amargado.)* ¿Así se trabaja?

EDUAR. Perdone usted, don Víctor; es que...

VICTOR ¿Es que son antes las mujeres que los planos, verdad?

EDUAR. Sí, señor; y no deben ser.

VICTOR Claro que no deben ser. ¿Y de quién se trata? ¿de esa señorita María Luz de todos los demonios?

EDUAR. ¡Don Víctor! Querrá usted decir de todos los ángeles: ¡de todos los querubines!

VICTOR Bueno, bueno, a trabajar. ¿No hay novedad en las obras?

EDUAR. No, señor.

VICTOR ¿Cómo está el plano del otro puente?

EDUAR. Mírelo usted. *(Examinan juntos el plano en que trabajaba Eduardo.)*

VICTOR Es preciso rectificar todo esto. No lo pases a tinta todavía. Trae. *(Lo coge y pasa al otro lado de la mesa, a su sitio.)* Hay que volver a hacer esta parte. *(Busca por la mesa.)*

EDUAR. ¿Quiere usted borrar?

VICTOR Sí.

EDUAR. *(Dándole la goma.)* Tome usted. *(Pausa. Durante ella, Víctor se abisma sobre el plano, y Eduardo estira el cuello, para mirar por el ventanal.)* Ayer tarde estuvo viendo las obras don Armando.

VICTOR ¿Sí?

EDUAR. ¡Qué hombre más famoso! Es ingeniero de caminos, y para mí no conoce ni el principio de contrapeso.

VICTOR ¡Ja!

EDUAR. ¡Y tiene unas ocurrencias...! ¿Pues no decía a grito pelado, cuando empezamos las obras, que era preciso volver a los puentes de hierro fundido?

VICTOR ¡Qué animal!

EDUAR. Y todo lo criticaba: el cajón flotante, las columnas, las obras de mampostería, los pernos de acero...

VICTOR ¿Y le escuchábais con calma?

EDUAR. ¿Qué íbamos a hacer? En esta ciudad es una persona respetable. Ha sido ingeniero de la Diputación.

VICTOR Muy respetable, entonces.

EDUAR. Luego, según iban avanzando las obras, dejaba de criticar; pero se pasaba las horas muertas, mirando a distancia los trabajos. Y un día me llegué a él y le dije: "¿Qué hace usted aquí, mirando el puente?" Y me contestó: "¡Estoy esperando a que se hunda!"

VICTOR ¡Ja! Haberlo hundido a él en el río, con una viga al cuello. Toma *(devolviéndole el plano)*: pásalo a tinta, menos esta parte. Yo, entre tanto, voy a hacer unos cálculos. *(Se quita la americana.)*

EDUAR. ¿Y no sería mejor...?

VICTOR ¿Qué?

EDUAR. Pasarlo a tinta más tarde: como es un trabajo que puede esperar...

VICTOR ¿Y entre tanto?

EDUAR. Me llegaría a las obras, si a usted le parece: allí tengo mucho que hacer.

VICTOR ¿En las obras? Pero, ¿no están los capataces?

EDUAR. Hay uno nuevo que no está aún al corriente de todo, y me consulta muchas cosas.

VICTOR Pues anda, no vayan a hacer algo mal, y se hunda el puente, y se salga con la suya don Armando. ¡Ja, ja!

EDUAR. Eso es. ¿Me voy entonces, don Víctor?

VICTOR ¿No te digo que sí? Y llévate de paso para allá a esa señorita María Luz "de todos los querubines", como dices. Porque tu falta en las obras es un pretexto para encontrarla a ella.

EDUAR. Don Víctor, le aseguro a usted...

VICTOR Pero si me haces un favor con llevártela. Aquí viene todas las mañanas varias veces. Hoy estuvo ya bien temprano.

EDUAR. ¿De veras, don Víctor?

VICTOR De veras.

EDUAR. Pues de hoy no pasa, ¡no pasa!

VICTOR No pasa, ¿qué?

EDUAR. El hablarle, don Víctor.

VICTOR ¡Ah! Pero ¿no le has declarado tu amor todavía?

EDUAR. No, señor; pero no pasa de hoy.

VICTOR ¿Estás muy enamorado de ella?

EDUAR. ¡Hasta cegar; hasta morir!...

VICTOR ¡Ja, ja, ja! Dichoso tú, que puedes enamorarte de ese modo. Anda, vete a las obras.

EDUAR. Muchas gracias, don Víctor: es usted más bueno...

VICTOR ¡También de la madera de los querubines!

EDUAR. También, sí, señor.

VICTOR ¡Ja, ja!

EDUAR. Hasta luego. *(Mutis Eduardo.)* ¡El amor, el amor!...*(Bruscamente.)* ¡Bah! ¡A trajar!... *(Se dirige a la mesa, enciende un cigarro, y en seguida se abisma en números y cálculos. Pausa. Entra María Luz. Lleva elegante vestido de mañana, y es una muchacha preciosa, llena de ilusión y de vida. Sus ojos brillan con la alegría del vivir, y en su boca hizo nido para siempre la risa.)*

M. LUZ Buenos días, señor ingeniero.

VICTOR *(Levanta la cabeza con asombro, sin moverse de su sitio, ni saber qué hacer ni decir.)* ¿Eh?

M. LUZ *(Imperturbante, divina.)* Buenos días.

VICTOR Me los ha dado usted hace media hora.

M. LUZ Y se los vuelvo a dar. ¿Hay mal en ello?

VICTOR Sí.

M. LUZ ¿En dar los buenos días? ¡Ja, ja, ja!

VICTOR Señorita...

M. LUZ Don Víctor...

VICTOR Observe usted que continúo sentado.

M. LUZ Hace bien. Entre nosotros no hay cumplidos.

VICTOR Pero ¿no sabe usted lo que denota permanecer sentado?

M. LUZ Muy poca educación.

VICTOR Y otra cosa más.

M. LUZ Algo así como echar a las visitas.

VICTOR Eso es.

M. LUZ Pero conmigo no reza. A mí no se me echa fácilmente, don Víctor. Reconozco que soy una visita terrible; pero ¿qué voy a hacer? Cuando tomo cariño y ley a una casa y entro en ella... ya pueden venir indirectas, y hacer ruido de platos, y poner escobas boca arriba. Hasta que María Luz no tiene que irse, no se va.

VICTOR ¿Y sale usted siempre por la puerta?

M. LUZ ¿Por la puerta? No entiendo.

VICTOR Porque en alguna casa la echarán por la ventana.

M. LUZ ¡Ja, ja, ja! ¡Qué gracia!

VICTOR ¡Qué desfachatez, digo yo!

M. LUZ Le felicito, por haberse levantado hoy de tan buen humor.

VICTOR De buenísimo.

M. LUZ Sonría usted, hombre. Enseñe los dientes, aunque sea como los chacales. ¡Con lo hermosa que es la risa, Dios mío!

VICTOR ¡Ea, señorita! ¡Basta de charla! Permíta-

me usted que le diga que tengo mucho que hacer.

M. LUZ Cosa propia en un ingeniero.

VICTOR Que mi trabajo es de fórmulas y de cálculos.

M. LUZ Me parece muy bien.

VICTOR Que no se me puede distraer.

M. LUZ Perfectamente.

VICTOR Y que quiero estar solo, completamente solo, en esta habitación. Más claro, señorita...

M. LUZ Ya le he dicho antes que conmigo... ni las escobas boca arriba ni las indirectas.

VICTOR *(Furioso, levantándose.)* ¡Señorita María Luz!

M. LUZ *(Irguiéndose cómicamente, junto a la "chaise-longue", para caer a su tiempo en ella.)* ¡Don Víctor de los Nogales!

VICTOR *(Sentándose bruscamente.)* Haga usted lo que quiera.

M. LUZ *(Sentándose con igual brusquedad, pero cómica.)* Muy agradecida. *(Pausa. María Luz se da polvos.)* No se quejará usted de mi formalidad... ni de mi silencio. Yo también, cuando quiero, sé estar calladita. Claro que cuando quiero, porque cuando no quiero... Pero las cosas hay que proponérselas en la vida, ¿verdad, don Víctor? Usted se ha propuesto ser ingeniero, y lo es; construir un magnífico puente en nuestra ciudad, y lo construye. Yo me he propuesto... ¿qué me habré propuesto yo? *(Se pinta los labios.)*

VICTOR Callar, pero no lo consigue.

M. LUZ ¡Qué gracioso! ¡Ja, ja, ja, ja!... *(Víctor le dirige una mirada feroz y ella corta bruscamente su risa.)* Eso, no, don Víctor. Si usted me mira de ese modo...*(Sigue pintándose.)* punto en boca.

VICTOR *(Observándola.)* Sí, ¿eh?

M. LUZ Sí, señor.

VICTOR Pues eso es más que punto, señorita.

M. LUZ ¿Qué?

VICTOR Dice usted "punto en boca", y se embadurna los labios con un lápiz; eso es más que punto: es un borrón.

M. LUZ No es un borrón tampoco, señor mío. Hay que abrir los ojos y fijarse en las cosas: es un corazón.

VICTOR ¡Bah! ¡Un corazón!

M. LUZ Sí, señor ingeniero. Se acabó aquello de "el corazón en la mano"; ahora las mujeres lo llevamos en la boca. A flor de labio siempre, como nuestra alma, como nuestra vida.

VICTOR Como su belleza.

M. LUZ ¿Como nuestra belleza?... *(Pensativa.)* ¿Es una galantería... o un reproche? ¿Me ha dicho usted bella, o ha censurado en mí a las mujeres del día, que muestran su belleza como nunca?

VICTOR Eso es: que muestran más centímetros cuadrados de belleza que nunca.

M. LUZ No, señor.

VICTOR ¿Que no? ¿Cuándo mostró la mujer sus encantos como ahora? ¿Cuándo brindó a los hombres un alma tan seca y frívola como ahora? ¿Cuándo, como ahora, tuvo un concepto tan pobre de las cosas fundamentales de la vida? ¡Qué razón la suya, María Luz! Primero llevaron las mujeres el corazón en el pecho; luego, en la mano; y ahora... en la boca. Por eso el hombre, para amarlas, para ser feliz con ustedes, tuvo primero que ser apasionado y violento: era preciso arrancarles el corazón... Después, el lograrlas costó menos trabajo: como llevaban el corazón en la mano, bastaba con hacer así, ¡zas!, y cogerlo. Y ahora, como lo llevan en la boca.. basta con ir y tomarlo. Un beso, y ¡adiós!, corazón! Y ese beso es ¡tan fácil!

M. LUZ ¿Por qué dice eso, don Víctor? ¿Con qué intención lo dice?

VICTOR Sin otra que amargarla a usted un poco, para que se marche y me deje tranquilo.

M. LUZ Pues ahora me voy menos que nunca.

VICTOR Entonces, no he dicho nada.

M. LUZ Sí ha dicho usted, y no se vuelva atrás. Ha hablado mal de las mujeres del día, y me ha contado entre ellas.

VICTOR ¿No es usted del día?

M. LUZ No, señor.

VICTOR Perdone, entonces. ¿De quién es contemporánea? ¿De María Antonieta? ¿De doña Urraca de Castilla?

M. LUZ ¡Doña Urraca de Castilla! *(Con rabia.)* ¿Es que me compara a ella? ¡Sabe Dios lo que sería esa señora!... ¡Una vieja ridícula, a lo mejor; una cursi vistiendo!...

VICTOR No la he conocido, ni me la han presentado nunca; créalo usted.

M. LUZ *(Fiel a su idea.)* ¿Voy acaso mal? ¿Son estrafalarios mis vestidos? ¿Lo es este que llevo, o el que traje antes cuando vine?

VICTOR Pero ¿llevaba usted otro?

M. LUZ Sí, señor.

VICTOR No había reparado.

M. LUZ Cada vez que subo a esta habitación, cambio de vestido.

VICTOR ¡Qué cosa más particular! ¿Y por qué así?

M. LUZ A usted no le importa.

VICTOR ¿Eh? *(Encogiéndose de hombros.)* Tiene usted razón.

M. LUZ ¡Contemporánea de María Antonieta!... Yo quiero saber por qué ha dicho eso; necesito conocer su intención...

VICTOR ¡Y dale con su intención! Pero, señorita, ¿cómo voy a decírselo? No tengo más que una: que se vaya usted... ¡que se vaya usted!... ¡¡y que se vaya usted!!...

M. LUZ *(Sin hacerle caso.)* ¡Compararme a doña Urraca de Castilla!

VICTOR Es para poner nervioso al mismísimo lucero del alba. *(Pasea furioso.)*

M. LUZ Retire usted lo de doña Urraca de Castilla.

VICTOR Es usted la que debe retirarse. *(Como despidiéndola finamente.)* A los pies de usted, señorita.

M. LUZ *(Volviéndo a sentarse tranquilamente.)* Beso a usted la mano, caballero.

VICTOR Esto no tiene solución, ¡no la tiene! *(Descompuesto ya, va a la mesa y empieza a tirar papeles al suelo.)* Ahora mismo me voy del hotel, y de la ciudad, y de España; y quédense las obras como están, y si el puente se hunde, ¡que se hunda!

M. LUZ Se habrá salido con la suya don Armando.

VICTOR *(Sorprendido.)* ¡Ah! ¿Usted sabe...?

M. LUZ Sí, señor. Don Armando ha pronosticado que ese puente va a hundirse.

VICTOR Don Armando es un perfecto animal.

M. LUZ Y yo estoy de acuerdo.

VICTOR Muchas gracias.

M. LUZ No; si con quien estoy de acuerdo es con don Armando.

VICTOR ¿Eh? ¿Eso encima?

M. LUZ Pero yo rezo todas las mañanas al levantarme, para que el puente no se hunda.

VICTOR *(De asombro en asombro.)* ¿Eh?

M. LUZ Y gracias a eso, es posible que el puente se salve.

VICTOR *(Sin poder ya contenerse.)* ¡Señorita! Salga usted de aquí inmediatamente, o no respondo de mí. ¡Fuera en seguida!...

M. LUZ *(Un poco asustada ahora, sube al foro.)* Pues me voy. Pero no será sin que antes le diga unas palabras.

VICTOR ¿Más palabras aún?

M. LUZ Las últimas ya.

VICTOR ¿Las últimas? ¿Será eso posible, Dios mío? ¡Pues dígalas!

M. LUZ Yo no soy una muchacha del día. ¡Buen padre tengo, para dar el corazón en un beso, ni un beso siquiera! Además, no me sale del alma. Yo me visto y arreglo como todas, porque no hay que quedarse atrás en la vida; pero guardo mi corazón bajo siete llaves en el fondo del pecho. Aunque tenga que vivir a la moderna, quiero ser dichosa a la antigua: querer a un hombre, ¡sólo a uno!, por encima y a despecho de todo; no coquetear con los otros, no flirtear con nadie, como hacen las demás; guardar mis pensamientos y afanes para él; y la luz de mis ojos y la risa de mis labios, para él; y para él la ternura de mi alma, y mi vida y mi ser; porque estando a su lado, no habrá ya para mí en el mundo otro ser fuera de él, ni más allá de su vida otra vida. Conque, don Víctor de los Nogales... ya sabe usted: si me vió un corazón en la boca, no fué más que la muestra del otro, que está muy hondo: para que nadie lo tome con un beso, ni se lo lleve de un manotazo, como usted dijo antes... Quien lo quiera, lleno de pasión ha de bajar hasta él... y arrancarlo, don Víctor, ¡arrancarlo!... Tenga usted buenos días. *(Mutis.)*

VICTOR *(Pensativo un momento por las palabras de María Luz, se encoge luego de hombros.)* ¡Bah! ¿Y a mí qué me importa que tenga el corazón en la boca, en el pecho... o en el fondo de un arca? Me tiene sin cuidado. ¡A lo mío, a lo mío! *(Vuelve a la mesa.) (A poco entra Eduardo, de espalda a Víctor, como interesándole mucho una conversación que escuchase en el piso de abajo.)*

EDUAR. Don Víctor...

VICTOR Pero ¿otra vez aquí? ¿No hacías tantísima falta en las obras?

EDUAR. ¡Chist!, calle usted.

VICTOR ¿Qué pasa?

EDUAR. Venga... venga... *(Víctor se levanta y va a media escena.)* Estoy oyendo una conversación interesantísima en el piso de abajo.

VICTOR Es muy feo escuchar.

EDUAR. Pero no cuando hablan de uno, don Víctor. Y están hablando de mí.

VICTOR ¡Bah!

EDUAR. Y de usted.

VICTOR ¿De mí también? ¿Dicen algo del puente?

EDUAR. ¡Chist!

VICTOR Pero ¿quién?

EDUAR. *(Con mucho misterio.)* La señorita María Luz.

VICTOR *(Indignado.)* ¡Vete al mismísimo demonio! Por ella has dejado los planos, y por ella vuelves, dejando las obras; y quieres hacerlo todo y no haces nada. Pues ya es hora de que yo me ponga serio. Esa señorita, se ha acabado aquí **¡para siempre!** ¿Has oído bien? ¡Para siempre!

EDUAR. *(De mal talante.)* Don Víctor, no sé con qué derecho...

VICTOR *(Fuera de sus casillas.)* ¿Con qué derecho, dices?... ¡Cómo está el mundo, Dios mío!... ¿Es que te olvidas, para hablar así...? Pero no tengo que dar explicaciones. Si me falta derecho para mezclarme en tus asuntos, lo tengo de sobra para plantearte un dilema: ¡o esa señorita o yo, Eduardo! O esa señorita... ¡o yo! *(Pausa.)*

EDUAR. Perdóneme usted, don Víctor... No he debido decir esas palabras; ni discutirle ese derecho, cuando los tiene todos para mí.

VICTOR Eso, no.

EDUAR. Eso, sí, don Víctor. Si usted no quiere tenerlos, yo se los doy, por gratitud y por

bondad; porque ha sido y es usted mi protector, mi maestro, mi todo. Hace siete años murieron mis padres y me quedé solo en la vida; desde entonces estoy al lado de usted, por su grandeza de corazón.

VICTOR Bueno, bueno, calla: no hay que hablar de esas cosas.

EDUAR. Sí hay que hablar, don Víctor. Déjele esta expansión a mi alma. ¡Le debo el haberme recogido, el haberme educado, su deseo de hacer de mí un hombre!... ¿Y voy a disgustarle por tan poca cosa, por un capricho mío? ¿Por el amor a una mujer a quien apenas he tratado, y a la que he de olvidar muy pronto?... ¡No, no, eso nunca! Terminadas las obras, inaugurado el puente, volveremos a Madrid y en paz. Claro que ella terminará también su veraneo, y volverá allí también, pero.... ¡Madrid es grande!... Sobre todo, no va a venir a vernos a casa. *(Va a Víctor y le pone las manos en los hombros.)* ¿Me perdona usted, don Víctor? *(Viendo que don Víctor le mira fijamente, vuelve la cara del otro lado, como para ocultar las lágrimas que se le escapan.)*

VICTOR ¡Pero, muchacho! ¿Qué cara es esa? ¡Levanta!

EDUAR. *(Sin llegar a llorar.)* Es que la quiero, don Víctor... ¡la quiero!

VICTOR ¡La quieres!...

EDUAR. *(Sumisamente.)* Con toda mi vida... Es mi sueño, mi afán, mi ilusión: el ansia única que en la vida me queda, porque al lado de usted todo lo tengo...

VICTOR ¡Amor de los veinte años!

EDUAR. Pero no, no. Usted no quiere que sea y no será. Yo renuncio a todo, don Víctor; y voluntariamente, con la mayor alegría. Este grito de pasión se me ha escapado del alma, pero renuncio a todo.

VICTOR ¡Ja, ja! ¿Y por qué has de renunciar, criatura?

EDUAR. Porque sí. He disgustado a usted. ¿Le parece poco?

VICTOR ¡Disgustarme!...

EDUAR. Sí, sí, don Víctor; y usted es para mí antes que nada.

VICTOR Pero, muchacho, ¿qué interés puedo yo tener en esa renuncia tuya? ¿Por un momento de malhumor? ¿Por estar completamente harto de esa señorita, que me la encuentro en todas partes y a todas horas? Esa señorita que viene aquí cada mañana cinco o seis veces, ¡y cada vez con un traje!, ¡con un traje cada vez, Eduardo! ¿No reparaste en eso?

EDUAR. Sí, señor. Cada vez que sube aquí se pone un vestido nuevo.

VICTOR ¿Te lo ha dicho ella?

EDUAR. Lo he observado yo.

VICTOR ¡Ah!

EDUAR. Y si está con uno guapa, con el otro está encantadora, y con el otro ¡divina!

VICTOR ¡Muchacho!

EDUAR. Perdone usted, don Víctor. No me acordaba de que tenía que renunciar... Y he prometido no hablar más de ella...

VICTOR ¡Ja, ja, ja! ¡No hablar más de ella! No podrás, Eduardo.

EDUAR. Sí podré, don Víctor.

VICTOR Callarán tus labios, pero estarán hablándome de ella a todas horas tus ojos, tus manos, tus pensamientos, las órdenes mal cumplidas, el poco amor al estudio... y los borrones en los planos.

EDUAR. Sí, señor, sí.

VICTOR *(Comicamente serio.)* ¿Eh?

EDUAR. Digo, no señor, no.

VICTOR ¡Ja, ja, ja! Pues ¡quiérela con todas tus fuerzas, hombre!

EDUAR. *(Asombrado, sin comprender.)* ¿Eh?

VICTOR Sí, sí.
EDUAR. Pero...
VICTOR Has oído perfectamente. He dicho que la quieras con toda tu alma.
EDUAR. Pero, ¿es de veras, don Víctor?
VICTOR ¿Qué interés puedo tener en mentirte?
EDUAR. ¿Es de veras?
VICTOR Que sí, hombre.
EDUAR. ¡Pues un abrazo! *(Le abraza.)* ¡Y cien abrazos! ¡Y mil abrazos!
VICTOR *(Desasiéndose de él.)* ¡Diantre, muchacho! Por poco me asfixia tu agradecimiento.
EDUAR. Ya es usted más que mi maestro y mi padre, don Víctor! ¡Es mi Providencia!
VICTOR Y muy contento, Eduardo... Tú también has de perdonarme que antes fuera injusto contigo. Ese dilema terrible que te planteé: "¡O esa señorita o yo!" ¡Ja, ja, ja!... ¿Cómo pude decir esas palabras?
EDUAR. ¿Y cómo yo las mías, don Víctor?
VICTOR En fin, ¡ojalá se cumplan tus afanes, y llegues a ser muy feliz con esa muchacha. Pero una cosa te prevengo, y es que no la dejes hacer visitas: ¡es terrible para las visitas! Prohíbele que entre en aquellas casas cuya amistad quieras conservar. Porque... no te enfades, querido Eduardo, pero esa señorita... es de lo más pelma que Dios ha puesto en el mundo.
EDUAR. ¡Es ideal, ideal!
VICTOR Y se acabó de hablar de amores. Vamos ahora a hacerlo de número y de líneas.
EDUAR. No, señor.
VICTOR ¿Cómo que no?
EDUAR. Me tiene usted mal acostumbrado.
VICTOR ¿Mal acostumbrado?
EDUAR. Sí, señor. Cuantos favores me hizo usted en la vida, me los hizo completos, enteros, rotundos. ¡Y éste ha de serlo también!
VICTOR Pero ¿tiene el favor una segunda parte?
EDUAR. La tiene.

VICTOR Pues nunca segundas partes fueron buenas.

EDUAR. Eso, en literatura: en hacer favores y recibirlos, no.

VICTOR Me inquietas, muchacho. ¿De qué se trata?

EDUAR. De que yo... Verá usted. Voy a hablarle con entera franqueza: yo no me atrevo a expresar a María Luz esos sentimientos de mi alma. Me echaría a reír, a llorar, a temblar, a correr... ¡qué sé yo! Y eso es decir que yo quisiera... Usted ya me entiende.

VICTOR Ni palabra, muchacho.

EDUAR. Pues que yo quisiera... Mejor aún: que yo necesito un intérprete, don Víctor... Yo quiero que sea usted quien le hable por mí a María Luz.

VICTOR ¿Eh? No, ¡en mis días!... ¡Eso, jamás!

EDUAR. Don Víctor...

VICTOR ¡Jamás!

EDUAR. Don Víctor... sea usted bueno. Usted sabrá convencerla, retener su atención. Si yo supiera decir las cosas como usted... Las palabras obedecen a sus ideas. Si estuviese enamorado de ella como yo, no le obedecerían; y ese es mi temor, don Víctor: que si le hablo yo a María Luz diga quizá lo contrario de lo que siento... Cuando tengo que decir una cosa importante, se me traba la lengua, y temo que al decirle una galantería y expresarle mi admiración por sus encantos... saliese con que era fea o antipática...

VICTOR ¡Ja, ja, ja!

EDUAR. Estoy seguro, don Víctor. Por eso lo hará usted: ¿verdad que sí?, ¿verdad que sí?...

VICTOR Pero, muchacho...

EDUAR. Sí, sí. Mire usted: una condición voy a ponerle, para ser novios, para que yo la quiera con toda mi alma, y hacerla luego mi esposa.

VICTOR ¿Qué condición?

EDUAR. La de que no vuelva a poner los pies en este cuarto.

VICTOR Hombre, eso me gusta.

EDUAR. ¿Aceptado, entonces?

VICTOR Con esa condición... aceptado.

EDUAR. ¡Oh, gracias, gracias!

VICTOR Aprovecharé la primera oportunidad, y...

EDUAR. ¿Cómo la primera oportunidad? Ahora mismo.

VICTOR Pero, criatura...

EDUAR. ¿Qué más le da a usted? Ya está perdida la mañana. En cambio, de hoy en adelante, vamos a vernos libres de esa grandísima pelma. ¿Le parece a usted bien?

VICTOR ¿Y qué vas a hacer?

EDUAR. Ir por ella. Decirle que usted la llama, para hablarle de algo importantísimo.

VICTOR ¿Y subirá?

EDUAR. Como una corza.

VICTOR Pero lo prometido, ¿eh?

EDUAR. Lo prometido, sí, señor. ¿Voy?

VICTOR Pues anda.

EDUAR. Otro abrazo, don Víctor. ¿Cuáles son sus nombres de pila?

VICTOR ¿Por qué lo preguntas?

EDUAR. Dígamelos.

VICTOR ¡Vaya un capricho!

EDUAR. ¡Dígamelos!

VICTOR Sea. Pues "Víctor, María, Luis".

EDUAR. Muy bien. María Luz y yo nos casaremos. Será usted nuestro padrino de boda. Le estrujaremos con nuestros abrazos, y habrá siempre para usted un rincón en el fondo de nuestra alma. Pero hay algo más: el primer hijo se llamará Víctor; el segundo, procuraremos que sea una niña, para llamarla María; y el tercero, Luis. "Víctor, María, Luis". Nuestros hijos irán diciéndonos siempre los nombres de usted. Hasta luego. *(Mutis.)*

VICTOR ¡Anda, loco, anda! ¡Ja, ja, ja!... *(Pausa.)*

Pues, señor, ¿quién me ha metido a mí en estos belenes?... En fin, todo sea por el cariño a este pobre muchacho. *(Se sienta en la chaise-longue, enciende un cigarro, espera...) (Entra María Luz, radiante, contentísima... y con otro vestido.)*

M. LUZ ¿Se puede?

VICTOR Adelante.

M. LUZ *(Asombrada.)* ¿Eh?... Pero ¿ha dicho *adelante?* ¿Da usted permiso a María Luz para que entre?

VICTOR Lo doy.

M. LUZ No salgo de mi asombro. Supongo que no se tratará de una encerrona, ¿eh?

VICTOR No, señorita. Ni indirectas, ni ruido de platos, ni escobas boca arriba. Pase usted.

M. LUZ Pero...

VICTOR ¡Pase usted, caramba!

M. LUZ ¿Va a ser capaz de enfadarse?

VICTOR Si no pasa, desde luego.

M. LUZ Como antes, porque no me marchaba.

VICTOR Y entonces, como ahora, por no obedecerme.

M. LUZ Pues ya estoy aquí... ¿Es cierto lo que me ha dicho su ayudante?

VICTOR ¿Qué le ha dicho a usted?

M. LUZ Que deseaba hablar conmigo.

VICTOR Sí.

M. LUZ Que iba a decirme algo interesante.

VICTOR Justo.

M. LUZ Muy interesante, muy interesante.

VICTOR En efecto.

M. LUZ Y a mí sola. Me ha dicho que iba a ponerse de guardia en la escalera, para no dejar pasar a nadie; sólo que en ese momento ha venido un capataz y se lo ha llevado a las obras.

VICTOR Me parece muy bien.

M. LUZ Pero, ¿cómo es posible? A ver, explíquese...

VICTOR No dude usted, María Luz. ¿Qué la sorprende?

M. LUZ Espere un momento... *(No dando crédito a sus oídos.)* Sí, sí... el cuarto del hotel, la mesa de trabajo... planos, instrumentos de dibujo... la "chaise-longue", el ingeniero... Pues sí; estoy completamente segura.

VICTOR ¿De qué, señorita?

M. LUZ De eso, de que vivo en este mundo, en la Tierra, ¡en la Tierra! y no en otro planeta. Estaba ya asustada, créalo; porque ante este cambio de cosas me suponía trasladada a Marte, o a Júpiter, o a Saturno. ¡Mire usted que a Saturno! ¡Qué horror! Con el miedo que me ha dado siempre Saturno... Y no sé por qué; crea usted que el pobrecillo no me ha hecho nunca nada. Palabra de honor.

VICTOR ¡Ja, ja, ja, ja!

M. LUZ ¿Hasta ríe usted? Y no a lo chacal, como antes le pedía, sino con toda su alma?

VICTOR Con toda mi alma, sí, señora.

M. LUZ ¿Luego es todo cierto?

VICTOR Cuanto ve y cuanto oye.

M. LUZ ¡Ah!, pues no hay duda. Ninguna, ninguna; ¡absolutamente ninguna! *(Mirándose el vestido.)* Lo presumía, ¿sabe usted? Lo sospechaba... No sé por qué hace poco me lo figuré. Y las veces que he pasado junto a él, y lo he tenido en mis manos... sin hacerle caso. ¡Sin hacerle caso, don Víctor!... El, él, él. ¡Era él! *(Empieza a besarse el vestido por diferentes sitios.)*

VICTOR Pero ¿se ha vuelto usted loca, María Luz?

M. LUZ Sí, señor.

VICTOR ¿Eh?

M. LUZ Loca de contento, de alegría, de gozo. ¡Era éste!, ¡tenía que ser éste!, ¡éste!, ¡éste!

VICTOR ¡Diantre! *(Con terror cómico.)* ¡Me pone ya en cuidado!

M. LUZ No se asuste, don Víctor... Cada cual tiene

sus supersticiones, y yo tengo la del traje. Según el vestido que me pongo, me pasan cosas agradables... o desagradables. El milagro de que usted me llamase, y me hiciera pasar, y me hablara, y me sonriera... era un milagro que esperaba yo, ¡ya lo creo que lo esperaba!, y sabía muy bien que tenía que proporcionármelo un vestido; pero ¿cuál? ¿El azul?, ¿el salmón?, ¿el lila?, ¿el verde? Lo ignoraba; por eso he cambiado de vestido cada vez que subía, y al fin he acertado. ¡Tenía que ser éste!, ¡éste!... Y el pobrecito, en un rincón; ¡con lo antipático que me era! Por él reñí con la modista, y me enfadé con todos los de casa; por él estuvo a punto de pegarme mi padre... Figúrese usted con qué simpatía podía yo mirarle: era un vestido de mala pata, ¡lo que se llama de mala pata!... ¡Y, sin embargo, lo que son las cosas! Vamos con los ojos cerrados por la vida. No le quepa a usted duda. ¡Qué misterio en todo! El misterio nos rodea, nos envuelve, nos...

VICTOR Un momento, señorita.

M. LUZ ¿Qué, don Víctor?

VICTOR La he hecho subir para hablarle yo; no usted a mí.

M. LUZ Conforme. Pues venga... Soy todo orejas. Yo me siento aquí... *(En la mesita llena de papeles, que desaloja en seguida tirándolo todo.)* En cualquier parte.

VICTOR ¡Eh, eh! ¡Señorita!

M. LUZ Ya no tiene remedio, don Víctor. Ya no tiene remedio.

VICTOR *(Consolándose.)* En fin, es la última vez. Todo puede perdonarse.

M. LUZ Hable usted. ¡Pronto, pronto! ¡De prisa! ¡Que me entere yo de ese asunto interesante! ¡Un asunto interesante! Pero, ¡qué

dichosa soy! *(Vuelve a besarse el vestido.)*

VICTOR Si no se serena usted, no hablo.

M. LUZ Pues ya estoy. ¡Qué solemnidad, Jesús! ¡Ni que fuera usted a leerme la sentencia de muerte!

VICTOR Tal vez sea su sentencia de vida.

M. LUZ *(Contentísima.)* ¿Lo ve usted?... Sí, sí, sí. ¡No cabe duda! ¡Ninguna, ninguna, ninguna!... *(Sacándose de debajo un rollo de papel en el que se había sentado.)* ¡Demonio con este papelucho! *(Lo tira.)*

VICTOR ¡Señorita!

M. LUZ ¡Me estaba estorbando, don Víctor!... Hable usted. Ya estoy callada. ¿He callado ya? Sí... no... En fin, hable usted, antes de que acabe loca de veras.

VICTOR *(Después de una pausa.)* Sin las palabras que dijo usted antes, al marcharse de aquí... palabras llenas de cordura y de sensatez...

M. LUZ Y de pasión...

VICTOR Y de pasión, yo no me hubiera determinado a dar este paso.

M. LUZ Muy bien, muy bien; la cosa empieza divinamente.

VICTOR Pero usted, con esas palabras, reveló ser una mujercita cabal... llena de ternura y de amor...

M. LUZ ¡Sí, señor; sí, señor!

VICTOR ... Y capaz de hacer a un hombre feliz.

M. LUZ Completamente feliz, sí, señor.

VICTOR Si usted sigue interrumpiendo, me callo.

M. LUZ No, no, don Víctor. *(Gestos de que calla.)*

VICTOR Esa garantía de felicidad no pueden hoy darla todas las mujeres... ni tienen derecho a ella todos los hombres... *(María Luz, callada, balancea los pies, sentada como está en la mesita, a punto a veces de caerse...)* Si usted supiera lo difícil que es encontrar dos seres que no sean reza-

gados en la vida, y que se quieran como un hombre y una mujer deben quererse... Porque las cosas han cambiado mucho, María Luz. El mundo ha dado una vuelta muy grande... ¡una vuelta muy grande! *(Reparando en ella.)* Y usted va a darla también, si no se está quieta.

M. LUZ Tiene usted razón; siga, siga.

VICTOR "Querer a un hombre—ha dicho usted—¡sólo a uno!, por encima y a despecho de todo; y que no haya en el mundo otro ser fuera de él, ni más allá de su vida otra vida..." ¿Qué mayor ventura puede soñar en la vida un hombre, que ser querido así?... Pues bien, señorita María Luz: hay un hombre que aspira a esa dicha, que sueña con esa ventura, y que quiere poner a sus pies vida y corazón. Es un hombre honrado y laborioso; ¡un hombre leal!... Serán para usted sus pensamientos, y el ansia de sus días, y el afán de todas las horas; porque ese hombre no verá más que por los ojos de usted, y toda su alma no será más que ternura y amor para usted; que fuera de usted no habrá para él tampoco otro ser en el mundo... ni más allá de su vida otra vida.

M. LUZ Son mis palabras, don Víctor, que salieron de lo profundo de mi alma...

VICTOR Y que a lo profundo de su alma vuelven. ¿Se ha emocionado usted, María Luz?

M. LUZ Sí, ¿por qué no decirlo?... La alegría que en bromas y en burlas asomaba a mis labios, era esperanza oculta en el fondo del pecho. Esperaba que se me pidiera esa felicidad, para tenerla yo; y esas palabras de amor, para que en amor se desbordase mi alma.

VICTOR Entonces, ¿accede usted al deseo de ese hombre?

M. LUZ ¿Al "deseo" ha dicho?

VICTOR Me he expresado mal. He querido decir al "amor", a la "ilusión" de ese hombre.

M. LUZ ¡Sí!

VICTOR ¿De veras, María Luz?

M. LUZ ¡Con toda mi alma!... ¿Cómo no acceder, si era ese el afán de mi corazón, lo que soñaban mis noches y esperaban mis días... si era esa la vida de María Luz? Y yo también quiero preguntar, para ser feliz sabiéndolo, para ser feliz oyéndolo... con un temblor en los labios, y una divina angustia en el pecho... ¿Me quiere ese hombre, don Víctor? *(Exaltada.)* ¿Me quiere?

VICTOR *(Natural.)* Sí.

M. LUZ *(Apasionada.)* ¿De veras?

VICTOR *(Frío.)* De veras.

M. LUZ *(Apasionadísima.)* ¿Con toda su alma?

VICTOR *(Completamente frío.)* Con toda su alma.

(Pausa.)

M. LUZ *(Temerosa, recelando, sospechando.)* Pero... a ver, a ver. Dígame usted... Hay veces... Hay temperamentos fríos... ¿Es posible que bajo la sequedad de las palabras palpite una pasión? ¿Sí, verdad?... No es preciso que el fuego asome a los labios: ¿eh, don Víctor? Puede estar en el alma: ¿no es eso?

VICTOR ¿Por qué esas preguntas, María Luz?

M. LUZ Don Víctor... le he preguntado antes si ese hombre me quería.

VICTOR Y le he dicho que sí.

M. LUZ He insistido en que si de veras.

VICTOR Y yo he contestado: de veras.

M. LUZ *(Angustiada.)* Entonces yo, con toda la pasión de mi vida en los labios, he vuelto a preguntar: "¿Me quiere ese hombre con toda su alma?"

VICTOR *(Natural.)* Y yo he respondido sencillamente: "Con toda su alma."

M. LUZ *(Comprendiendo.)* Sencillamente; sin fuego en sus palabras; sin alma en esa alma...

VICTOR No comprendo, María Luz.

M. LUZ Yo sí, don Víctor. Hablaba usted por su ayudante... por Eduardo.

VICTOR Claro, señorita.

M. LUZ No era usted quien me hablaba; ni usted quien me quería... *(Llora con desconsuelo contra el quicio de la puerta.)*

VICTOR ¿Eh? ¡María Luz!... ¡Vamos, no sea chiquilla! ¡Serénese!... ¡María Luz! Pueden sorprendernos y...

M. LUZ ¡Sorprendernos!

VICTOR Cálmese, cálmese...

M. LUZ ¡Qué desgracia la mía!

VICTOR Y la mía, ¡qué torpeza al no comprender!...

M. LUZ Comprende ahora, ¿verdad? No tengo rubor en confesarlo, porque ante sus ojos ha quedado desnuda mi alma. Mi amor era para usted, don Víctor. ¿No lo sospechaba? ¿No lo presumía? Mi risa, mi terquedad, mi afán de subir, mi gusto en irritarle, ¿no le dijeron nunca que le quería María Luz? Conteste; desnude también su alma como yo.

VICTOR No, María Luz.

M. LUZ ¿Nunca? ¿Ni remotamente?... ¿Ni siquiera esa desgracia de mi corazón resuena en el suyo? ¿Ni esta cotástrofe sentimental de mi vida le conmueve?

VICTOR *(Con voz apagada.)* No.

M. LUZ Hablo así porque veo en este momento mi vida destrozada, y es el único derecho que la vida me da... No es posible que mujer alguna en el mundo se haya encontrado descubierta como yo... ante un hombre tan impasible y tan frío como usted... *(Gesto en Víctor.)* No, no se lo reprocho. Ni pido un amor que se me ha negado espontáneamente, y que había de ser tardío. Lo que hago únicamente es pedir en usted al hombre honrado y leal, la virtud de un silencio y la piedad de un olvido... Que se

borre de su memoria lo que ha pasado aquí; que nunca sonrían sus labios al acordarse de esta mujer. Y ahora, cada cual a su sitio *(con energía serena):* a usted le corresponde olvidar, caballero; a mí, tragarme las lágrimas. *(Le tiende la mano.)* Mi mano.

VICTOR *(Cogiéndola.)* Y la mía, María Luz. Es usted la mujer fuerte, la mujer amante y valerosa, que tanto necesita el corazón de un hombre. Sin querer, me he asomado a lo profundo de su alma: sin querer, María Luz, ¡se lo juro! Como le juro también dos cosas más: una, que todo se ha borrado en mi memoria para siempre; y otra... que de poder yo ahora trazar a mi vida un rumbo nuevo, crea usted que ese sol no alumbraría para nosotros más que un solo camino. Pero ya no es posible, María Luz. Ni su amor ni su desgracia resonaron en mi corazón... porque no estoy libre, porque soy... casado. *(Le suelta la mano.)* Si estas palabras mías pueden ser un lenitivo para su dolor... ¡guárdelas! Si no... ¡olvídelas! Pero haga usted lo que hiciere con mis palabras... tenga por seguro que en el fondo de mi memoria quedan olvidadas las suyas.

M. LUZ *(Al mutis.)* ¡Gracias!... ¡Gracias! *(Mutis.)*

VICTOR *(Se la queda mirando tristemente. Pausa. Una lágrima asoma a sus ojos, pero se la limpia de un manotazo, y diciendo* ¡Bah! *se pone a trabajar.)*

TELON

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Saloncito, ricamente amueblado, en casa del ingeniero Víctor de los Nogales. Puertas a derecha e izquierda. Entrada y salida del exterior, por la derecha. Invierno. Primeras horas de la noche. Aparece sola la escena. Hay un servicio de té extendido, indicando que lo tomaron varias personas que acaban de salir. A poco entra por la derecha Laura, la doncella, y se pone a recogerlo. En seguida, por la izquierda, levantando el portier, con cómica precaución... Víctor.)

VICTOR ¿Se marcharon ya, Laura?

LAURA Sí, señorito. La señorita está en el recibimiento, despidiendo a los últimos.

VICTOR *(Avanzando.)* ¡Gracias a Dios! ¡Qué gente más pelma!... ¿Hay para mí una taza de té?

LAURA Ya lo creo, señorito.

VICTOR Pues démela usted. *(Se sienta, y Laura le sirve.)* ¡Qué idea más graciosa! ¡Los tés del ingeniero Nogales! ¡Los jueves de los señores de Nogales!... Para morirse de risa. ¿Usted no opina como yo?

LAURA Yo, señorito...

VICTOR Claro, usted no tiene opinión. Pero aunque se lo calle, estoy seguro que piensa como yo: que los jueves de la señora de Nogales podrán tener un éxito en Madrid,

pero no por eso la señora de Nogales.... dejará de estar como para que la encierren. ¡Ja, ja, ja!... Y Eduardo, ¿no ha venido aún?

LAURA No, señorito.

VICTOR En cuanto venga, que entre.

LAURA Bueno, señorito. ¿Desea algo más el señorito? *(Con el servicio para retirarlo.)*

VICTOR No. Llévese esto también. *(Laura recoge su taza, y hace mutis por la derecha.) (Paseando, después de encender un cigarro.)* Lo que se dice para morirse de risa... ¡Ja, ja, ja! *(En la derecha su mujer, Federica.)*

FEDER. Pero, hombre, Víctor: ¡qué cosas tienes y qué papeles haces! Todas las señoras y caballeros preguntando por ti. Y recelándose algunos que estabas en casa.

VICTOR Mira, mujercita mía... *(Llegándose a ella.)*

FEDER. Quita, quita.

VICTOR Oyeme...

FEDER. Eres un ermitaño. No sirves para vivir en sociedad.

VICTOR ¡Ja, ja, ja!

FEDER. Por supuesto, que ya te conoce todo el mundo: y hasta la señora de Ferrando, el otro día, ¡qué rabia me dió!... en lugar de preguntarme como todas: ¿Y su marido?, me dice, con una risita que no le perdono: ¿Y su Robinson?

VICTOR ¡Ja, ja, ja!... ¡Qué graciosa la señora de Ferrando!

FEDER. ¡Graciosísima!

VOCTOR Claro que tú no le vas a la zaga, inaugurando este año los jueves... ¡de la señora de Nogales! ¡Qué risa! ¡Ja, ja, ja, ja!

FEDER. A mí no me da ninguna, Víctor.

VICTOR A mí, sí.

FEDER. Y poco he de poder... o tú cambiarás.

VICTOR No te lo figures.

FEDER. ¡Un hombre como tú!... Estás adquiriendo fama para brillar en todas partes.

VICTOR ¡Bah!

FEDER. Estás haciéndote el ingeniero de moda; y si fueras sociable, atento, conversador como los demás... podías entrar en todos los salones, y ser envidiado por todos los hombres, y admirado y querido por todas las mujeres.

VICTOR ¿Qué falta me hace? Prefiero seguir brillando en mi hogar, ¡sólo en mi hogar!, y que no me quiera ni admire otra mujer que tú. ¿No estás contenta?

FEDER. Yo sí, pero...

VICTOR Pero, ¿qué?

FEDER. La vida no se reduce solamente al hogar.

VICTOR ¿No?

FEDER. Sobre todo tu vida, la de un hombre que tiene que mostrar sus obras a la admiración o a la censura de la gente.

VICTOR ¿Qué más da eso?

FEDER. Sí Victor, sí. Tu vida no es como las de los otros. Forzosamente has de vivir las alturas de todo — de la aristocracia, de la política, de los grandes negocios — y hacerte agradable a todo el mundo. Te sobra talento, y... no te enfades, pero acaso te falte simpatía. Y nada se consigue si le admiran a uno, pero al mismo tiempo se ríen de él. Los erizos como tú no llegan jamás a ninguna parte... *(Pausa.)* Pero si lo tienes todo, Víctor: carrera brillante, porvenir espléndido, fortuna para vivir mejor de como vives. ¿Por qué, entonces, ese afán de ir contra la corriente de las cosas? Cuando debieras exhibirte, ir de un lado para otro, alternar en la alta sociedad, te encierras en tu casa; cuando todo el mundo aparenta y vive mejor de como puede, tú haces lo contrario: vivir muy por debajo de como te corresponde.

VICTOR *(Hosco ya.)* Bueno, bueno; dejemos esta conversación.

FEDER. No, no la dejamos. Es por tu bien. Voy a demostrarte que haces mal en huir de la sociedad necesitando de ella.

VICTOR Vuelvo a decirte que no la necesito. Han de ser mis obras las que hablen por mí; que si las admiran y las quieren, por ellas vendrán a mi despacho.

FEDER. ¡Qué error, Víctor! Aquello de que "el buen paño en el arca se vende" no es para estos tiempos. Estamos en época de exposiciones, de grandes reclamos.

VICTOR ¡Y de grandes mentiras!... Por otra parte, el dinero ganado tan a pulso, no voy a tirarlo a la calle en ridículas ostentaciones.

FEDER. Si no lo tiras, Víctor. Esa es tu equivocación. Mira: vamos a suponer que el dinero reunido en estos años de matrimonio lo empleases todo en brillar, ¡en vivir!, gran casa, criados, automóviles, joyas, abono a los teatros, chalet en las playas de moda... que podrías hacerlo, Víctor. ¿Tú crees que sería tirado a la calle ese dinero?

VICTOR Sí.

FEDER. ¡No!, porque viviendo así, la gente vería que progresabas, y había de considerarte más, y los encargos serían mayores, y el dinero quedaría multiplicado.

VICTOR ¡Ah! ¡pobre cabecita! ¡Cómo discurre!

FEDER. Soy una mujer práctica, moderna.

VICTOR Del día.

FEDER. Una mujer del día, sí. ¿Es algún pecado?

VICTOR No.

FEDER. Entonces...

VICTOR ¿De modo que me recriminas el no ser feliz a mi lado?

FEDER. No he dicho eso.

VICTOR Has demostrado una ambición muy grande, y con ambiciones así no se es dichoso.

FEDER. Pero, ¿quién ha dicho...

VICTOR Has hablado de automóviles, de criados, de *soirées*...

FEDER. Por ti: para que subas más deprisa; para que llegues antes.

VICTOR ¿Conque por mí?... Pero si yo soy dichoso, Federica. Trabajando a tu lado, sin que nos falte nada, pero sin ridícula ostentación soy feliz. Como tú lo has sido hasta ahora. ¿Te casaste por mi carrera? No. ¿Por el porvenir que me abrían los primeros trabajos? No, Te casaste por amor, ¡por mi amor! Lo demás vendría... o no vendría. Y no echabas entonces de menos las grandes casas ni los automóviles... Es ahora cuando nuestro piso de Madrid no te basta, ni la casita del Norte, como un nido, en donde hemos pasado veranos tan felices; ni el pequeño coche en el que vamos tú y yo, ¡sólo tú y yo!, porque no hay en él cabida para nadie más, como no debe haberla en nuestra alma para lo que no sea nuestro amor.

FEDER. No nos entendemos.

VICTOR Yo a ti, perfectamente, Federica.

FEDER. ¿Qué quieres decir?

VICTOR Que sigo el cambio operado en tu alma de un tiempo a esta parte. ¿Cuándo pensaste en fiestas ni reuniones? ¿Cuándo se te ocurrió esa peregrina idea de los jueves, que me hace reír por fuera y sangrar por dentro? Unas tazas de té, dos horas de murmuración, de hablar mal y con envidia de todo el mundo, de coqueteo acaso, de *flirt* entre solteros... o entre casados.

FEDER. ¡Víctor!

VICTOR Por complacerte, abrí las puertas de mi casa a toda esa gente frívola y sin alma,

con la que nunca tuvimos trato alguno; pero convencido de que era un peligro para nuestra dicha.

FEDER. ¿Un peligro?

VICTOR Sí. Aunque tú no lo creas; ¡aunque tú no lo quieras!

FEDER. ¡Ja! ¡Qué modo de exagerar las cosas!

VICTOR Y todo arranca del verano pasado, en que tuve la desdichada idea de dejarte ir a Francia con una familia amiga, mientras yo dirigía lejos de Madrid el tendido del puente... Por lo visto, mientras yo pasaba los días y las noches en las obras, o ante la mesa de trabajo... tú te divertías más de lo justo. *(Gesto en Federica.)* Más de lo justo, sí. Te asomabas a un mundo que desconocías, y brotaba en tu alma un sentimiento nuevo: la ambición.

FEDER. Es posible, Víctor. Pero si soy ambiciosa... vuelvo a decirte que es por ti.

VICTOR ¿Por mí?

FEDER. Y oye bien lo que digo: sin esta ambición que tanto te disgusta, y sin que cambies tú también, como yo... no serás nunca nada.

VICTOR ¿No?

FEDER. No, Víctor. No pasarás de lo que has dicho antes: el coche de dos asientos, la casita en el Norte, y el modesto piso en Madrid.

VICTOR Oye tú también, Federica. Júrame que si tengo de golpe una gran fortuna, y de golpe se me consagra en mi carrera... no desearás más de lo que tienes: una vida holgada y tranquila, y un hogar feliz. ¡Júramelo!

FEDER. Pero sin ponerte en condiciones de esa consagración, ¿cómo vas a tenerlas?

VICTOR Por otros caminos de los tuyos. Sin vana ostentación; sin amistades ridículas ni peligrosas; sin comprometer nuestra dignidad ni nuestra dicha.

FEDER. Pasarán muchos años.

VICTOR Pasarán unos días; o acaso unas horas.

FEDER. Pues, ¿cómo?

VICTOR ¿Quieres saberlo?

FEDER. Sí.

VICTOR Te preparaba una sorpresa, pero me obligas a decirlo. Estoy esperando una carta de los Estados Unidos. Cierta poderosa compañía de allá me ha hecho proposiciones tentadoras: colocarme a la cabeza de los ingenieros norteamericanos. ¿Quieres más gloria? ¿quieres más fortuna?

FEDER. ¡Ja! *(Incrédula.)* Tu sueño de siempre. Otras veces lo creíste también, y, sin embargo...

VICTOR Otras veces no estaba en condiciones de merecerlo, como ahora.

FEDER. Tu talento era el mismo.

VICTOR Pero no mis méritos. No había levantado aún ese puente... ese famoso puente, que une dos comarcas... y separa dos corazones.

FEDER. ¿Por qué los separa?

VICTOR Porque sí, Federica. Y tú que sabes el valor que para mí, hombre formal y honrado, tiene un juramento... júrame que, después de este golpe de fama y de dinero, no querrás poseer más de lo que posees, ni hacer otra vida que esta sencilla vida de hogar en la que fuimos tan dichosos. ¡Júralo!

FEDER. ¿Para qué?

VICTOR ¡Para qué?

FEDER. Sí. ¿Qué confianza te inspiro, si me hablas de ese modo?

VICTOR Federica... ¿esas palabras son sinceras, o medio quizás de eludir el juramento? ¡Responde!

FEDER. Respóndete tú mismo. *(Pausa. En la pausa, entra Eduardo. Los otros disimulan.)*

EDUAR. Ya estoy aquí, don Víctor. Buenas tardes,

doña Federica. *(Entra también por la derecha, como antes Eduardo, Laura.)*

FEDER. Buenas tardes, Eduardo. Laura, ven conmigo. *(Mutis Federica, con Laura, por la izquierda.)*

EDUAR. Todo hecho, don Víctor. Los valores, girados. El asunto del Ministerio, por buen camino. Y don Julio Lainez, el de los Ferrocarriles Centrales, que vendrá mañana a darle un abrazo. Media hora ha estado hablándome de usted y poniéndole por las nubes. Y yo no me he quedado corto; así que entre los dos... *(Víctor pasea, distraído, preocupado.)* Pero, ¿y el puente?... No se habla de otra cosa en Madrid: en el Ministerio, en la Compañía, en todas partes. Todos tienen para él una admiración o un elogio, y para el ingeniero Nogales una frase de respeto... o de envidia. Y la envidia es la que consagra, don Víctor. Claro que la envidia de los que valen, no la de los otros; no, por ejemplo, la de aquel don Armando, que se pasaba las horas mirando el puente, esperando a que se hundiera. ¿Se acuerda usted? ¡Ja, ja, ja! *(Reparando en su rostro preocupado.)* ¿Eh? ¿Qué tiene usted, don Víctor?

VICTOR Nada, muchacho.

EDUAR. ¿Le duele la cabeza? ¿Por qué no toma un sello? Voy por él a mi cuarto. ¿Quiere?

VICTOR No.

EDUAR. Sí, don Víctor. En seguida se le va. Verá usted. *Ademán de hacer mutis por derecha.)*

VICTOR He dicho que no, Eduardo.

EDUAR. Como usted quiera. Pero algo le pasa.

VICTOR No me pasa nada.

EDUAR. Un disgusto quizás. Pero si yo supiera...

VICTOR Te pido que calles, Eduardo. ¿No basta mi palabra? *(Pausa.)* En el despacho te espera labor. Abre la correspondencia, que

no he tenido tiempo de hacerlo todavía, y contesta lo más urgente.

EDUAR. ¿Nada más, don Víctor?

VICTOR Nada más. *(Mutis Eduardo por la izquierda. Entra Laura por la izquierda y hace mutis por la derecha, volviendo a poco con un abrigo, de pieles, de señora. En seguida entra Federica por la izquierda, vestida de calle. Laura va a ella y le pone el abrigo. Luego hace mutis de nuevo por la derecha.)*

FEDER. Hasta luego, Víctor.

VICTOR *(Sorprendido, como saliendo de su abstracción.)* ¿Adónde vas?

FEDER. De compras... Quiero aprovechar esta hora que falta para cerrar.

VICTOR ¿Es necesario que salgas?

FEDER. Sí.

VICTOR ¿Imprescindible?

FEDER. ¿Por qué lo preguntas?

VICTOR Porque vería con gusto que me dedicases esta hora.

FEDER. ¿Para qué?

VICTOR Para terminar nuestra conversación de antes. Me ha quedado cierta amargura en el alma, Federica.

FEDER. Si es por eso, retiro cuanto dije.

VICTOR No, no; a mí me gusta afirmar las cosas. Está en peligro nuestra dicha, y hay que salvarla.

FEDER. ¡Ja! ¡En peligro! ¡Qué preocupación!

VICTOR Lo está, lo está. Anda, quítate el abrigo, y siéntate un rato frente a mí. Ya irás de tiendas otro día.

FEDER. No puedo, Víctor. Necesito comprar ciertas cosas, para terminar mañana unas labores. A mi vuelta hablaremos cuanto quieras. Aunque te prevengo que nuestra dicha es más firme que nunca.

VICTOR Siéntate, Federica: te lo pido; te lo ruego...

FEDER. *(Decidida a salir, y echándolo a broma.)* ¡Ja, ja! ¡Qué maridín tengo! ¡Cuando se emperra en una cosa...! Pues no quiero que seas así, ¡ea! Me disgustan mucho tus rarezas. Serás como yo quiera, ¿no es eso? ¿Verdad que sí?... Vaya, por esta vez todo te lo perdono. Hasta luego, Víctor. *(Inicia el mutis por la derecha.)*

VICTOR *(Serio.)* ¡Federica! *(Esta se detiene.)* No eludas esta conversación, que es de vida o muerte para nuestro cariño. Necesito que hablemos: ¡lo deseo! ¡lo mando!

FEDER. Víctor... habrás de permitir que me sorprenda la palabra "mandar".

VICTOR ¿No soy tu marido?

FEDER. Pero el marido pierde todos sus derechos según como manda.

VICTOR Y, según cómo obedece, pierde los suyos la mujer. *(Pausa. Federica se quita el abrigo y se sienta, de malísimo humor.)*

FEDER. Habla.

VICTOR De esa forma, no. ¡Con esas maneras, no!

FEDER. ¿Y qué diré yo de las tuyas, al retenerme aquí, contra mi voluntad y por tu capricho.

VICTOR ¿Es tan importante lo que tienes que hacer en la calle?

FEDER. Por no serlo, me molesta tu terquedad.

VICTOR Oye, Federica...

FEDER. Una pregunta antes.

VICTOR Di.

FEDER. ¿Tienes de mí alguna queja?

VICTOR Si no la tuviese, ¿te hablaría?

FEDER. Pues, ¿de qué? ¡Explícate!... ¿He trabajado contra ti? ¿Te he puesto en ridículo? ¿He faltado a mis deberes de esposa? ¡Contesta!

VICTOR No.

FEDER. Entonces, ¿de qué me acusas? ¿De qué vas a juzgarme?... ¿De que me gustan las diversiones, y las amistades y las fiestas? ¿De que tengo otro concepto de las cosas

que tú? ¿De que quiero vivir la vida moderna de todos los que son como nosotros, o menos que nosotros?

VICTOR No te casaste para eso.

FEDER. Pues, ¿para qué?

VICTOR Para estar a mi lado; para ser la madre de mis hijos y la luz de mi hogar.

FEDER. No vinieron los hijos.

VICTOR Razón de más, para que en el hogar vacío lo fueras todo para mí. Y del hogar te marchas cuando puedes; y del hogar, sin duda, se ha marchado para un viaje muy largo tu alma.

FEDER. ¡Bah! ¡El hogar!

VICTOR ¿Qué es eso, Federica? ¿Por qué ese gesto para una cosa sacrosanta?

FEDER. ¡El hogar! Con sus viejas costumbres, con su falta de calor en las almas y su eterna hipocresía.

VICTOR ¡Federica!

FEDER. El hogar ya no es hoy lo que hace cuarenta años. La vida se ha desplazado de las casas para invadir los paseos, y los círculos, y los hoteles, y las playas de moda. En ellos hay más franqueza y más comodidad, menos recuerdos tristes y más alegría. Hasta las fiestas íntimas, hasta la Nochebuena se celebra hoy ya fuera del hogar.

VICTOR Pero, ¿qué estoy oyendo? Nunca hablaste así, Federica.

FEDER. Nunca, es verdad; pero tuve muchas veces deseos de que surgiera esta conversación entre nosotros. Eres un hombre rezagado, a la antigua, muy bueno, muy listo, muy leal, pero a la antigua. Yo soy una mujer moderna, del día. ¿Mala por eso?, ¿desleal o perjura por eso? No, del día solamente; como tantas, como muchas, como todas.

VICTOR Como todas, no.

FEDER. ¡Ja! Del corazón te sale ese grito. ¿Defiendes a alguna? ¿Hay alguna que vibre a tenor de tu alma?... *(Gesto en Víctor.)* No me mires con rabia, Víctor. ¿He descubierto acaso...? ¡Ja, ja, ja! ¿Una provinciana quizás... de allá donde el puente? ¡Si no te lo reprocho! Siempre que la cosa, naturalmente, no haya pasado de un flirt.

VICTOR *(Con voz baja.)* Ya asomó esa palabra a tus labios.

FEDER. ¿Flirt? Es la palabra del día. ¿No puedo pronunciarla?

VICTOR No.

FEDER. ¿Por qué?

VICTOR Porque yo te lo prohibo.

FEDER. Perdona. Olvidaba que eres mi dueño y señor.

VICTOR Lo soy... Y la misma rudeza que pongo en reprenderte, Federica, la pongo en amarte. *(Le coge las manos, amoroso.)* Porque yo te quiero... y he de quererte siempre... con la misma ilusión, con la misma ternura... como el primer día de nuestra boda, como nuestro día primero de enamorados.

FEDER. ¡Ja, ja! ¡Amor leal y terrible, Víctor: de los amores que han pasado a la historia.

VICTOR El mío no pasará nunca, ¡nunca! Porque te quiero a despecho de todo, de tu indiferencia y de tu frialdad, de tu desdén... y hasta de tu odio. El amor a ti es una cosa muy adentro en mi vida, para que sin dejar de vivir deje de quererte. Y tú también me quieres, ¿verdad, Federica? Con toda el alma, como yo; sólo a mí, como yo; a despecho de todo, como yo. ¡Dilo!, ¡dilo!... Nada es cierto de cuanto dijiste, ¿verdad? Sólo hablaste por el placer de disgustarme, de irritar mi pasión, ¿no es eso? Dime que sí, Federica... o voy a creer que te hizo hablar el des-

pecho porque yo te retenía a mi lado, sin dejarte salir. En ese caso, tú no irías a la calle de compras, y nuestra dicha... más que en peligro, estaría amenazada de murte.

FEDER. *(Con indiferencia.)* ¿Celos ahora, Víctor?

VICTOR Sí. De todo y de todos. Celos ahora y siempre.

FEDER. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué ridículo!... ¡Celos en este tiempo! Si los tuviera el novio de la novia... que a todos mira y con todos habla y sonríe, ¿se casaría con ella? Y si los tuviera el esposo de la esposa, o la mujer del marido, cuando en la vida moderna es todo expansión, amplitud de carácter y de criterio, alegría y libertad... ¿sería feliz un solo matrimonio? ¡Por Dios, querido Víctor! ¿Tú, el ingeniero de moda, el de las audacias con la piedra y el hierro... sintiendo celos como un hombre vulgar y enamorado? ¡Qué ridículo! ¡Ja, ja, ja ja!

VICTOR ¡Oh, calla, calla! ¡Si supieras el daño que me haces!...

FEDER. Callo, sí, porque te compadezco; porque eres digno de lástima... Pero no tienes derecho a esclavizarme. Si gustas de andar a pie por las carreteras y yo en automóvil, no tienes derecho a arrastrarme a tu lado. ¿Lo oyes? ¿Lo oyes?

VICTOR Sí, mujer; déjame.

FEDER. ¿Puedo ir de compras?

VICTOR **Ve donde quieras.**

FEDER. Pues voy. Estaré de vuelta en seguida... Un beso, Víctor. ¿Me lo das?

VICTOR ¿Un beso? Pero, ¿lo has merecido, mujer? ¿Qué es para ti un beso?

FEDER. Entre esposos... una buena costumbre.

VICTOR No lo has merecido.

FEDER. Como quieras. *(Mutis por la derecha.)*

VICTOR *(Tras una pausa, anonadado.)* ¡Qué desilusión! Ha volado su alma, y se ha ido

con ella su amor y mi ventura... *(Solloza fuertemente, con la cabeza entre las manos. Por la izquierda, Eduardo, vestido con una bata de oficina. Trae unas cartas en la mano.)*

EDUAR. Don Víctor...

VICTOR ¿Eh! *(Se domina, se serena, trata de disimular, levantándose y dando la espalda al otro.)* ¿Eres tú, Eduardo? ¿Qué querías?

EDUAR. ¡Alégrese, don Víctor!... Carta de América. Contesta la Roal Company, de Nueva York.

VICTOR *(Sin interés.)* ¿Y qué dice?

EDUAR. Que envía a Madrid un representante... ¡para hacer el contrato!... ¡Han aceptado su proposición, don Víctor!

VICTOR Está bien.

EDUAR. ¿Y así lo dice usted? ¿Sin entusiasmo? ¿Sin alegría?

VICTOR ¿Qué importancia tiene?

EDUAR. ¿Cómo que no, don Víctor?... Pero, ¿qué dice usted? ¡Si es un triunfo! El más grande a que puede aspirar un ingeniero en Europa, ¡ya no digo en España! ¡Es la consagración definitiva, don Víctor! Son los millones... ¡y de dólares!

VICTOR Está bien, he dicho. ¿Qué otras cartas hubo?

EDUAR. ¿Qué significan las demás ante esta?

VICTOR *(Con acritud.)* ¿Qué otras cartas hubo, pregunto!

EDUAR. Ocho o diez más, pero sin importancia. Excepto una, dirigida a mí. ¿Sabe usted de quién? *(Víctor se encoge de hombros desdeñosamente.)* Estoy molestándole, don Víctor. Usted perdone. *(Inicia el mutis por izquierda.)*

VICTOR No te vayas. Di lo que quieras. ¿De quién es esa carta?

EDUAR. *(Con alegría.)* ¿Le interesa a usted... como todo lo mío?

VICTOR Como todo lo tuyo, sí.

EDUAR. Pues voy a decírselo, sí. Esa carta es de María Luz. *(Víctor levanta la cabeza, le mira y no dice nada.)* ¿Usted se figuraba que María Luz había desaparecido ya de nuestro camino? Pues no, señor. *(Víctor, al recuerdo de ella, se pone inquieto, nervioso.)* ¡María Luz! ¡María Luz¡... Qué bonita era, ¿verdad, don Víctor? ¡Qué corazón tenía!... ¡Era una mujer fuerte, digna, elevada... ideal para hacer la dicha de un hombre, para mantener toda su vida el fuego sagrado de un hogar!

VICTOR Bueno, sí. *(No queriendo oír nada de ella, ni atreviéndose a decir a Eduardo que no hable. Todo él se ha removido, toda su alma aparece agitada por el recuerdo y el contacto mental con su mujer.)*

EDUAR. *(Siempre con entusiasmo.)* ¡Tan distinta de las demás mujeres!... ¡Tan diferente de esas muchachas del día!...

VICTOR *(Sin poder dominarse.)* Está bien, Eduardo. ¿A qué hablar de ella ahora?

EDUAR. Si le molesta, don Víctor...

VICTOR Claro que me... *(Dándose cuenta.)* ¡Bah! ¿Molestarme? ¡Qué tontería!... Estoy un poco nervioso; perdóname si te hablo con acritud, si tengo para ti alguna frase dura, que de antemano retiro.

EDUAR. ¡Por Dios!

VICTOR ¿Qué te dice María Luz? Háblame de ella cuanto quieras.

EDUAR. *(Contento.)* Pues verá usted. Algo voy a decirle que le sorprenderá... ¿Recuerda aquel famoso día en que le habló por mí? Pues al poco rato me la encontré abajo, saliendo del hotel. Estaba conmovida, emocionada, sin que yo me haya explicado el por qué todavía... Me atreví a pregun-

tarle el resultado de la conversación con usted, y se mostró muy amable conmigo, muy afectuosa, prometiendo contestarme a fines de verano. Conque... la víspera de nuestro regreso... fuí por su respuesta. Y su respuesta fué que sí, don Víctor; ¡que sí!

VICTOR ¿Que te quería?

EDUAR. Eso es.

VICTOR ¿Y vino ella también a Madrid?

EDUAR. A pesar de tener aquí a sus padres, prolongó el veraneo, siguiendo allí con sus tíos.

VICTOR ¿Y está con ellos todavía?

EDUAR. Sí y no, don Víctor.

VICTOR No te entiendo.

EDUAR. Iremos por partes. El quedarse allí María Luz ha dado motivo a que nos escribiéramos. Lo hacemos desde entonces todas las semanas. ¡Y qué cartas, don Víctor! ¡Si viera usted las mías... llenas de fuego y de pasión! ¡Y las suyas también!

VICTOR Las suyas... ¿también?

EDUAR. Sí, señor.

VICTOR *(Sonriendo tristemente.)* ¡Ja!

EDUAR. ¿No lo cree usted?

VICTOR ¿No he de creerlo, muchacho? Pero me disgusta profundamente todo eso.

EDUAR. Mi silencio, ¿verdad? No he debido callarlo.

VICTOR Eso y todo. No puedo ver con buenos ojos que te enamores de ninguna mujer: de María Luz o de la que sea. Eres joven aún, y eso tiene que distraerte en tus ocupaciones y en tus estudios.

EDUAR. ¿Me vió usted distraído una sola vez desde que estamos en Madrid?

VICTOR No importa, no importa...

EDUAR. Don Víctor... perdóneme que, con todos los respetos, considere su actitud inexplicable. ¿Por qué este verano pude enamorarme

de María Luz, y ahora no? *(Pausa. Víctor le mira fijamente.)*

VICTOR Bien, sí. No hablemos más de esto.

EDUAR. Hablemos, don Víctor. Y no vea usted en mis palabras rebeldía, sino deseo de tranquilizar mi corazón. ¿Qué ha despertado en el suyo el recuerdo de María Luz?

VICTOR *(Alarmado.)* ¿En el mío, muchacho?... ¿Qué quieres que despierte?

EDUAR. Me he explicado mal; quise decir...

VICTOR Eduardo... mi querido Eduardo... hay cosas y pormenores en los que no puedo entrar. Pero confórmate con saber que si desapruebo tus amores con María Luz, o con otra muchacha, es velando por ti, por tu bien, por tu tranquilidad para los estudios y para hacer tu vida. Porque créeme: tarde o temprano... sólo dan desengaños las mujeres.

EDUAR. ¡Todas, no!

VICTOR Todas... Acabo de perder la fe en la mía. A ti puedo decírtelo, porque eres un hermano del corazón. Acabo de sufrir un desengaño terrible. Mi mujer... ya no es todo amor para mí. ¿Es mala? No. ¿Me ha deshonrado? ¡No! Pero, ¿qué más da, si cambiaron su espíritu y su pensamiento, y está en ese cambio mi desgracia? ¿Puede ser ya buena dejando de quererme como me quería? Pues, perdida la fe en la mujer que consideré inalterable, ¿qué fe quieres que tenga en las demás?

EDUAR. Yo puedo tenerla en María Luz.

VICTOR Ahora, sí.

EDUAR. Ahora y siempre, don Víctor.

VICTOR Yo también, de soltero, la tuve en Federica; y la he perdido ahora.

EDUAR. María Luz no es una muchacha del día.

VICTOR ¿Y lo era mi mujer cuando nos casamos? María Luz se volverá, ¡no lo dudes!

EDUAR. ¡No se volverá!... Querrá a un hombre

sólo, como dice siempre, ¡a uno sólo!, y no existirán los demás para ella. Tampoco morderán su alma la ambición, ni el afán de brillar, ni cuanto pueda separarla del hombre a quien ame.

VICTOR ¿Te ha dicho todo eso?

EDUAR. Sí.

VICTOR ¿Y eres tú el hombre a quien ama?

EDUAR. Yo.

VICTOR ¡Bah! María Luz se volverá como todas.

EDUAR. ¿Por qué dice usted eso? ¿Qué motivos tiene?

VICTOR ¿Qué motivos, preguntas?

EDUAR. ¡Sí, quiero saberlos; necesito saberlos! *(Pausa.)*

VICTOR *(Se encoge de hombros, sin querer destrozar la ilusión del muchacho.)* No los hay.

EDUAR. Entonces...

VICTOR ¿Me preguntas con los ojos y con el alma por qué he dicho eso, verdad? No lo sé. Tengo revuelta la mía. ¿Qué más puedo decirte? Partimos de bases tan distantes... que hemos de parecer forzosamente enemigos. Tú hablas ciego por el amor... y yo con los ojos abiertos por el desengaño. *(Serenándose ya, animándose.)* Pero tengo en los recuerdos de mi vida una ilusión semejante a la tuya. Ni la experiencia de veinte ancianos me hubiera hecho entonces dejar de querer a Federica. ¿Qué quiere, pues, valer cerca de ti mi pobre experiencia?... ¿Es esa tu ilusión? ¡Adelante!

EDUAR. *(Animadísimo, radiante.)* ¿De veras, don Víctor?

VICTOR De veras.

EDUAR. ¡Oh! Entonces... voy a decírselo todo. Me daba un miedo... Porque en la carta de hoy me dice María Luz que ha llegado a Madrid. Y para que vea lo graciosa que es, y lo enamorada que está... Nunca quiso darme las señas de su casa en Madrid, ¿y

sabe usted por qué? Porque de ese modo, cuando llegase—y con permiso de don Víctor, como dice en la carta—vendría a verme aquí.

VICTOR *(Rápido.)* ¡Ah, no, no! ¡Aquí, no! En mi casa, ante mis ojos, no! *(Va al timbre y llama.)*

EDUAR. ¿Qué va a hacer usted?

VICTOR Dar orden de que no dejen pasar a ninguna mujer. ¿Amores de juventud a mi alrededor, para espejo de los míos desgraciados? ¡No! ¿Aquí la charlatana aquella? ¡De ningún modo!

EDUAR. ¡Don Víctor!

VICTOR *(Excitándose más y más, por mil revueltos sentimientos de su alma.)* ¡La charlatana, sí! ¡He querido decirlo, y lo he dicho!... Te hago sufrir, ¿verdad? Pero, ¿qué me importa el sufrimiento de todo el mundo? ¿No sufro yo?... ¿Es egoísmo? ¿Es maldad? No, es el dolor que llevo dentro; la herida del alma que se irrita al oír de otro amor tan apasionado e inocente como el suyo... ¡Y aunque sea malo! ¡Quiero serlo! ¡Quiero volverme malo!... ¡Qué cambiemos todos: como mi mujer, como M.ª Luz, como tú! ¡A cambiar!... ¿He conseguido algo en la vida siendo bueno? ¿Se han apreciado mi bondad y mi amor? ¡Entonces...! ¿Para qué fundar una familia, y levantar un hogar, y vivir con arreglo a toda norma y a toda ley? ¡Para un desengaño! ¿Para qué ser honrado y leal con una mujer desconocida? ¡Para otro desengaño!...

EDUAR. ¿Qué dice usted, don Víctor?

VICTOR *(Sin hacerle caso.)* Pero esta muchacha no viene. *(Vuelve a llamar. Al mismo tiempo, por la derecha, Laura.)*

LAURA Perdone el señorito. No he podido acudir porque llamaban a la puerta. Hay una se-

ñorita... me ha dado su nombre: la señorita María Luz... que pregunta por el seorito Eduardo.

VICTOR ¡Que se vaya!

EDUAR. ¡No!

VICTOR ¡Sí!... *(A Laura.)* A esa mujer no se la recibe, Laura. Dígale usted que don Víctor le prohibe la entrada en esta casa. *(Mutis Laura.)*

EDUAR. ¡Yo me iré con ella!

VICTOR *(Cerrándole el paso.)* ¡No te irás!... Y para hacerlo ,tendrás que levantar la mano contra mí.

EDUAR. Nada me importa en el mundo, fuera de esa mujer. Y ahora comprendo lo que antes no veía... Por qué encontré a María Luz aquel día emocionada, y por qué su nombre ha sabido ponerle a usted inquieto y nervioso... y por qué ha pronunciado esas frases: "¡A cambiar, como María Luz!", y "¿para qué ser honrado y leal con una mujer desconocida?" Ahora lo comprendo.

VICTOR ¿Qué supones, Eduardo? ¿Qué María Luz me quiere?

EDUAR. *(Seguro.)* ¡Ah, no! ¡María Luz es buena! María Luz es honrada... y no puede querer a un hombre casado. ¡Ella me quiere a mí!

VICTOR Entonces...

EDUAR. Supongo que es usted quien la quiere. En lugar de hablarle aquel día por mí, le habló por usted. ¡Jugó con mi corazón, y quiso jugar al mismo tiempo con su alma... y con su honra! Eso es lo que supongo. Pero... ¡no ha de quitármela! ¡Aunque olvide sus favores, don Víctor! ¡Aunque le deba la vida!... *(Pausa.)*

VICTOR Nada es verdad de cuanto dices, Eduardo. *(Recobrando su calma.)* Y está en un momento tu espíritu en que esa verdad no puede conocerla... Vete al despacho ahora;

cuando recobres la serenidad, hablaremos.

EDUAR. No, no. Me voy de esta casa para siempre... porque me voy con ella.

VICTOR *(Solemne, dolido)* ¿Para siempre?... ¿Quieres irte de esta casa, donde no hubo para ti más que cariño y piedad? ¿No la tendrás de mí? ¿Vas a abandonarme, como a un hermano mayor, como a un padre, cuando tu presencia me es tan necesaria... y tan querida? Pues hazlo. ¿Qué le importa a mi alma un nuevo girón? ¿Qué le importa un desengaño más?... Libre tienes la puerta. *(Pausa.)*

EDUAR. Perdóneme, don Víctor. ¿Pero de veras no la quiere?

VICTOR De veras, muchacho.

EDUAR. ¿De veras le habló aquel día por mí?

VICTOR ¡Sin un solo pensamiento que para ti no fuera: lealmente, noblemente!

EDUAR. ¡Qué bueno es usted, don Víctor!... *(Avergonzadísimo.)* Y qué vergüenza tratarle... como yo le he tratado. *(Hace mutis por la izquierda, precipitadamente.)*

VICTOR ¡Eduardo! ¡Eduardo!... *(En la derecha, Laura.)*

LAURA Señorito... Esa señorita insiste en pasar.

VICTOR ¿Está ahí todavía?...

LAURA Sí, señorito.

VICTOR *(Después de un momento de vacilación y de duda.)* Que pase. *(Mutis Laura, volviendo a poco para abrir paso a María Luz.)*

M. LUZ *(Cohibida, un poco azorada.)* Buenas tardes, don Víctor.

VICTOR Buenas tardes, María Luz. ¿Bien desde el verano?

M. LUZ Bien, sí.

VICTOR Me alegro mucho. ¿Ha preguntado usted por Eduardo? Voy a llamarle. Hágame el obsequio de sentarse. *(Inicia el mutis por la izquierda.)*

M. LUZ Un momento, don Víctor.

VICTOR ¿Qué desea de mí, señorita?

M. LUZ Quiero hablarle; cambiar unas palabras con usted antes de que venga Eduardo.

VICTOR ¿Conmigo?

M. LUZ Sí.

VICTOR Sea. Siéntese usted.

M. LUZ *(Sin saber cómo empezar.)* Perdóneme... Estoy cohibida, emocionada... Me parece que vengo a asaltar un hogar, a cometer una mala acción...

VICTOR Tenga la bondad de explicarse deprisa: el tiempo corre, y las ocupaciones son muchas.

M. LUZ Siempre ese despego, esa indiferencia...

VICTOR ¿Con qué derecho puede usted pedirme otra cosa?

M. LUZ ¿Que con qué derecho?

VICTOR Sí. *(Breve pausa.)* Voy a llamar a Eduardo. *(Un poco despechado, un poco irónico.)* Conozco sus relaciones con usted... y la felicito, María Luz. El vibrará a tenor de su alma... porque es también de los que quieren a una mujer, ¡sólo a una!

M. LUZ ¿Por qué dice usted eso?

VICTOR *(Recobrando su frialdad.)* ¿Por qué va a ser, señorita? Voy a llamar a Eduardo. *(Va.)*

M. LUZ ¡No!

VICTOR *(Deteniéndose.)* ¿Qué no, dice? Ha preguntado por él; viene a verle a él.

M. LUZ No. He preguntado por él... pero he venido a verle a usted.

VICTOR *(Sorprendido.)* ¿A mí?

M. LUZ Sí. Lo de Eduardo... no ha sido nunca más que un pretexto; un medio para saber de usted. *(Asombro en Víctor.)* A su demanda de amor le dije que "sí", para no separarme de usted completamente; y consentí en escribirle una carta tras otra todas las semanas... pero en todas le exigía que me hablara de usted; y eran para us-

ted todos los latidos que yo ponía en ellas... y que ese pobre muchacho creía para él.

VICTOR Pero, señorita....

M. LUZ ¡Qué infamia, ¿verdad? Jugar con el corazón de un hombre tan leal y tan bueno como Eduardo!... Digo de él lo que usted me dijo de sí mismo aquel día: si no tuviese ya trazado un rumbo mi vida, no alumbraría el sol para Eduardo y para mí más que un solo camino.

VICTOR No, no. Yo no he podido creer nunca...

M. LUZ ¿Qué María Luz dejase de quererle?... Pero, ¿cómo pudo usted pensar otra cosa? Al enterarse de mis relaciones con Eduardo, y de mis cartas para él, ¿cómo no le avisó el corazón que era todo por usted y para usted?

VICTOR *(Confuso, aturdido.)* Pero eso, señorita...

M. LUZ No es lo convenido, ya lo sé. Prometí callar, tragarme las lágrimas y olvidarlo todo. Pero ¡qué difícil es eso cuando se quiere como yo! ¿Dónde está la mujer fuerte, que prometió esconder en el fondo del pecho su pasión y su desgracia?... ¿Y es que esas cosas, cuando son tan grandes como en mí, pueden esconderse? El amor ha sido superior a mis fuerzas, don Víctor; y él me trae aquí.

VICTOR *(Con severidad.)* ¡Basta, señorita! Con razón dijo al entrar que venía a asaltar una casa y a cometer una mala acción. ¿Olvida dónde ha puesto los pies?

M. LUZ *(Jadeante, resuelta.)* Lo sé perfectamente.

VICTOR En el recinto sagrado de una familia.

M. LUZ No.

VICTOR En el hogar dichoso donde viven y se quieren dos almas.

M. LUZ ¡No!

VICTOR Y donde esas dos almas han de vivir mientras se quieran, y han de quererse mientras vivan.

M. LUZ ¡¡No!!... *(Gesto en Víctor.)* ¿A qué fingir, don Víctor? Ciego antes para ver que María Luz seguía queriéndole, lo está ahora para creer que engaña a María Luz.

VICTOR ¿Eh? ¿Qué significa...?

M. LUZ Nada es verdad de cuanto dice. Las dos vidas que forman este hogar... habrán sido dichosas, pero ya no lo son.

VICTOR ¡Sí lo son!

M. LUZ Una de ellas al menos... no lo es. ¡La suya!

VICTOR ¿Por qué dice usted eso?

M. LUZ Porque todo lo sé, don Víctor... Y lo sé, por las cartas de Eduardo. Le quiere a usted mucho, y ya en las primeras apuntaba al hablar de usted una preocupación, una idea fija: "¡Cómo ha cambiado, desde su veraneo en Francia, la mujer de don Víctor!" Y en seguida, en la carta siguiente; "Don Víctor no es feliz como antes..." Y en la tercera: "Don Víctor está triste; don Víctor no es ya dichoso..." Cada carta de aquellas que angustiaba el corazón de Eduardo, iluminaba el mío de esperanza. Una sola me quedaba en el mundo para ser feliz: que no lo fuera usted en su lugar. Y pedí detalles a Eduardo, y le instingué a que observara a su esposa; rabiosa estaba contra ella, que no sabía quererle como usted merecía, y agradecida al mismo tiempo, porque alejándose del alma de usted, dejaba un hueco allí, para otra mujer que más le mereciese... ¡Qué sufrimiento y qué gozo al esperar las cartas y al recibirlas! ¿Será ya feliz don Víctor? Y las noticias, más pesimistas cada vez: "No lo es; su mujer quiere dar reuniones... Hoy han reñido en la mesa porque ella quiere un coche más grande... Hoy ha llorado porque su marido no le compraba un collar de perlas..." Todo así, don Víctor.

Y yo, que nunca hubiera asaltado este hogar sabiéndole dichoso, que nunca hubiera formado mi ventura con los pedazos de la de otra mujer, he venido al saberle desgraciado... Ese es mi crimen y esa mi maldad: quererle mucho, quererle siempre, con todas las fuerzas de mi alma. Ahora, haga de mí lo que quiera; su decisión la acataré resignadamente... ¿Secar mis lágrimas? ¡Pues secarlas! ¿Echarme? ¡Pues echarme!... Suyo es mi corazón, que está ya roto; y suya mi vida, que está ya destrozada. *(Llora amargamente. Pausa.)*

VICTOR *(Llegándose a ella.)* María Luz, María Luz... No me atormente usted. Yo tengo también el alma turbada, sin darme acaso cuenta, desde aquel día. Y he de confesarle... para su triste satisfacción... que en mi gran amargura de hoy, con mi mujer, en mi gran desengaño de hoy... cuando el dolor iba a estrecharme y ahogarme, ha aparecido su imagen en mi memoria, María Luz: he pensado en usted. Y al creerla luego enamorada de Eduardo, he advertido ese algo indefinible y misterioso del amor, que nos hace sentir celos de lo que no amamos todavía. ¿Comprende? *(Ella le mira fijamente, tristemente, con los ojos llenos de lágrimas.)* ¿Comprende, María Luz? *(Quiere ir a ella, pero se detiene.)* Pero ese amor entre nosotros... no es posible. Soy desgraciado, pero mi desgracia no es irreparable. Mi mujer no es mala, sino frívola, superficial, mujer del día; y yo he de volverla al buen camino. Con arreglo a toda norma y a toda ley he formado este hogar... y he de ser feliz todavía.

M. LUZ *(Tristemente.)* ¿Lo es usted ya, con la esperanza de serlo?

VICTOR Sí, María Luz.

M. LUZ Pues yo no puedo ir contra una felicidad

suya, por pequeña que sea. He prometido resignarme. Perdone usted cuanto dije, don Víctor... y que nada sepa Eduardo. *(Resurge en ella la mujer serena y fuerte, que sabe acallar los gemidos de su alma dolorida.)*

VICTOR — María Luz... ¿Se va usted?

M. LUZ — Me voy... sin alegría, como la otra vez, y sin esperanza. La tenía para ser feliz, como antes le he dicho, en que usted no lo fuera en su hogar... Y no lo es; pero acaba usted de destruir mi esperanza con la suya de ser dichoso todavía. ¡Séalo, don Víctor!... María Luz le quiere bien... y sabrá ayudarle.

VICTOR — *(Sin comprender.)* ¿Ayudarme?

M. LUZ — Sí. Llevo ocho días en Madrid, siguiendo a su mujer, que no me conoce. Hasta hoy la seguí con la secreta alegría de que fuera mala. Desde hoy habré de hacerlo con la alegría triste de que no lo sea; para que no lo sea.

VICTOR — No lo es.

M. LUZ — No lo es... todavía. Pero puede serlo.

VICTOR — ¿Por qué lo dice usted, María Luz?

M. LUZ — ¿Va usted a creerme? Se lo digo después de haber acatado su decisión. Puede esgrimirlo antes como arma y no lo hice... porque le quiero bien. Va usted a creerme?

VICTOR — Hable usted.

M. LUZ — Su mujer no es mala, don Víctor. Pero la misma frivolidad de su alma, que sabe quitar importancia al amor, la ha llevado a otro amor.

VICTOR — ¿Eh?

M. LUZ — Ese amor no ha pasado por ahora de un devaneo, de un flirt; su mujer es inocente de pecado todavía; pero se la cerca, don Víctor; el hombre que la quiere, la asedia. Y a mis oídos ha llegado, mientras lo es-

piaba en un té de moda, esta proposición: "¿Por qué no pasamos una noche juntos?" Ella se negaba, y él insistía, diciendo: "Es muy sencillo, mujer: le dices a tu marido que tienes una amiga enferma de gravedad en una clínica, y que quieres velarla una noche, como las otras amigas..."

VICTOR ¿Eh? No, no. Usted miente, María Luz.

M. LUZ No miento.

VICTOR ¡Sí!... Usted es la perfidia, la traición, la mujer venenosa que se enrosca en el alma de un hombre. ¡Fuera de esta casa! ¡Fuera de este hogar honrado... que sabrá ser dichoso!

MI. LUZ Don Víctor...

VICTOR ¡He dicho que fuera! *(Suena el timbre del teléfono. Pausa. Los dos miran al aparato, que vuelve a llamar... Víctor, demudado su rostro, con un terrible presentimiento en su alma, va a él.)* ¿Aló?... Sí, el mismo; el ingeniero Nogales. Sí, Víctor... ¡Ah! ¿Eres tú, Federica?... ¿Cómo? No se oye bien. ¿Qué noticia tienes que darme?... ¿Una amiga tuya? ¿Y qué?... ¿Pasar esta noche en la clínica? ¿Velándola?... ¿Eh?... No, no me pasa nada. ¿Que me tiembla la voz? ¡Qué tontería!... Oye. Sí; oye... Yo tengo que darte otra noticia. Hay carta de América, aceptando mi proposición. Ya llegó, Federica. ¡La fama y los millones!... ¿Eh? Sí. Y es preciso que lo celebremos esta noche... No, no, esta noche, esta noche... No lo dejo para mañana: ha de ser esta noche... ¿Que no, dices? ¿Que es necesario que veles a esa amiga? ¿Que no vas a dejarla por mi terquedad? ¿Eh?... ¡Está bien, Federica!... Si ese acontecimiento en nuestra vida no se celebra esta noche... saldré para América ¡yo solo! *(Sorprendido.)* ¿Eh? ¡Repítelo! No he oído bien. ¿Que ya contabas tú... con quedarte en Es-

paña? Pero, ¿es posible que me dejaras ir solo?... ¿Eh? ¿Que los negocios son los...? ¡Está bien, Federica! ¿Has resuelto velar a tu amiga esta noche? ¿Lo has decidido?... ¿Que sí? Pues, ¡sea!... Que sea, digo. ¡Adiós!... *(Cuelga el aparato. Queda en pie erguidamente, serenamente.)*

M. LUZ *(Yendo a él.)* Don Víctor...

VICTOR *(Que echa atrás la cabeza, para que no le caigan las lágrimas.)* Mi hogar queda destruído. Lo levanté con arreglo a toda ley, y contra toda ley se derrumba.

M. LUZ Don Víctor...

VICTOR María Luz... *(En la izquierda Eduardo, que entra sin esperar nada y se sorprende terriblemente.)*

EDUAR. ¿Eh? ¡Don Víctor!... ¡María Luz!... ¿Qué traición es esta?

VICTOR ¡Traición, no!

EDUAR. Traición, sí. De usted, al amparo de mi graratitud, y de esta mala mujer...

VICTOR ¡Eduardo!

EDUAR. ... ¡de esta mala mujer, engañosa y vil como todas!

VICTOR ¡Como todas no! Retira ésas palabras... Si jugaron con tu corazón, ¡también con el mío!... ¡Respeta a esta mujer! ¡Cuando mi hogar se derrumba... es ella mi sostén y mi sola esperanza! ¡Respétala! *(Se abrazan con pasión. Eduardo queda anonadado, inmóvil.)*

TELON

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salita en casa de los padres de María Luz. Es un pequeño chalet, de una sola planta, en las afueras de Madrid. Entrada y salida al exterior por la derecha. Otra puerta a la izquierda. Al foro, un gran ventanal, con forillo de jardín. Quien entra y sale en la casa, pasa a la vista del público por detrás del ventanal. Invierno. Primeras horas de la tarde, de un día soleado y tibio.

En escena, don Juan Bautista, leyendo un periódico y echando al aire bocanadas de humo, y su mujer, doña Carmen, entretenida en una labor. Hay una gran pausa, reveladora de la gran paz de aquel hogar sereno y tranquilo. Don Juan Bautista rompe el silencio. Es un viejo optimista, franco, sanote...

J. BAU. ¡Ja, ja, ja!

CARMEN ¿Qué pasa, Juan Bautista?

J. BAU. Nada, mujer. Que está perdida la humanidad: completamente perdida.

CARMEN Pero, ¿qué sucede en el mundo? No me entero nunca de nada. ¿Por qué no lees en voz alta?

J. BAU. Porque te duermes, y me sienta mal la comida. Ya sabes el refrán: después de comer, ni un sobre leer.

CARMEN Bien se ve.

J. BAU. Ni un sobre leer... en voz alta, quiere decir el refrán; y si él no lo dice, lo digo yo. ¡Ja, ja!... Además, no te hace falta saber lo

que sucede por el mundo. Tú vives muy a gusto en el limbo, ¡ja, ja, ja, ja!

CARMEN ¡Juan Bautista...! Y tú, ¿dónde vives?

J. BAU. A tu lado... ¡en el infierno! ¡Ja, ja, ja!

CARMEN *(Amoscada.)* Muy gracioso... muy gracioso.

J. BAU. No te amosques. ¡No se enfade usted, señora doña Carmen! *(Doblando el periódico.)* ¡Ea!, se acabó la lectura. Yo sé también darte gusto. ¿Qué hora es?... *(Consulta su reloj o uno de pared.)* Las tres y media.

CARMEN Temprano aún.

J. BAU. ¿Por qué lo dices?

CARMEN Porque es temprano aún: las tres y media.

J. BAU. ¡Ah, sí! Pero más temprano serían las dos.

CARMEN Claro. *(Pausa. Oyese dentro un estrépito.)* Pero, ¡esa María Luz! ¡Qué atolondrada es y qué nerviosa se pone!

J. BAU. No hables mal de María Luz, o reñimos para siempre.

CARMEN Por supuesto, tienes tú la culpa.

J. BAU. Y tú.

CARMEN ¿Yo?

J. BAU. Claro, mujer. Tú y yo. ¿Quién va a tener la culpa de lo que sea María Luz? ¡Pues nosotros! ¡Ja, ja, ja!

CARMEN Me molesta que seas así, Juan Bautista. Todo lo resuelves con risas y con chirigotas.

J. BAU. Así lo resuelve mi optimismo, mi salud, mi manera de ver la vida. ¿Te molesta que siga siendo joven?

CARMEN ¡Miren el vejestorio! ¡Je!

J. BAU. *(Cómicamente indignado.)* ¿El vejestorio? ¿Has dicho el vejestorio?... ¿Así te burlas de mí? ¿Así mancillas mis canas? *(Transición.)* ¡Ja, ja, ja, ja! *(Va a acariciarla.)*

CARMEN Quita, quita, déjame en paz.

J. BAU ¡Ah!, ¿conque sí? ¿De ese humor me reribes? Pues hoy adelanto mi partida de tresillo.

CARMEN Capaz serías, ¡ya lo creo!... Pero bastante harás con empezarla a su hora.

J. BAU. ¿Cómo es eso? ¿Desde cuándo se me recrimina por jugar al tresillo? ¿Desde cuándo se le reprocha ese vicio único al ilustre don Juan Bautista, que dejó de ser calavera y bohemio, para venir a su casa, a hacer vida de burgués y de hombre bueno?

CARMEN Juan Bautista... me molesta que aludas a esas cosas. En cuanto a jugar... hoy no deberías hacerlo.

J. BAU. ¿Por qué?... ¿No es acaso miércoles? ¿Y no lo hago ese día todas las semanas? Pues, ¿por qué hoy no? ¿Tengo la culpa de que sea miércoles?...

CARMEN Demasiado sabes a qué me refiero.

J. BAU. Claro que lo sé. Al viaje de María Luz.

CARMEN A eso. En primer lugar, no has debido darle permiso. Después de pasar todo el verano fuera de nosotros, viene a Madrid, está mes y medio en casa, ¡y con otros parientes!... ¿Te parece bonito que vaya así recorriendo la familia?, ¿y que otra vez nos quedemos solos? Pero, en tratándose de tu hija... todo son complacencias.

J. BAU. Porque la quiero mucho, Carmen. Porque es mi delirio, y no sé negarle nada.

CARMEN Este viaje has debido negárselo.

J. BAU. Pero, mujer... si está de vuelta el lunes.

CARMEN ¡El lunes!

J. BAU. Me lo ha prometido. Y con esa condición la he dejado.

CARMEN Además, no me gusta que se vaya sola.

J. BAU. ¿No te gusta?

CARMEN No. Pero como es miércoles... no puedes perder tu tresillo.

J. BAU. ¡Ja, ja, ja!... Pero vamos a ver. ¿Quién es María Luz? Una muchacha preciosa y

simpatiquísima; un ángel del cielo, que puede ir muy bien por la tierra, porque sabe defenderse de todos los peligros. ¿Y adónde va sola? Señores, ¿adónde creen ustedes que va mi hija? ¿Al Extremo Oriente? No. ¿Al Cabo de Buena Esperanza? No. ¿Al Polo Norte? ¡Tampoco! Mi hija se va... a Aranjuez. ¡Ja, ja, ja!

CARMEN Pero a la estación sí la acompañarás.

J. BAU. Tampoco.

CARMEN ¿Tampoco?

J. BAU. No, porque, en ese caso, ¿qué te dejo a tí?, ¿acompañarla a la puerta de la calle?... A la estación la llevas tú. La dejas muy colocadita en el tren y te vuelves. Y en seguida que vuelvas, te llegas ahí, al chalet de al lado, a hacer esa visita que vas dejando de una tarde para otra, sin hacerla nunca. Y de paso te distraes. En cuanto a María Luz... yo saldré a la estación la semana que viene, a recibirla.

CARMEN Si no viene en miércoles.

J. BAU. Desde luego; porque, si viene en miércoles, irás tú por ella.

CARMEN ¡Qué flema la tuya, Juan Bautista! Vivirás muchos años.

J. BAU. Muchos. Como tenga Dios que pedirme permiso para matarme, voy a ser inmortal. ¡Ja, ja, ja, ja!... *(Por la izquierda, María Luz.)*

M. LUZ Inmortal, sí, señor. ¡Dos veces inmortal! Por tu flema, y por ser el artista más ilustre de estos tiempos.

J. BAU. ¿Verdad que sí, María Luz? *(Va a ella.)*

M. LUZ Sí, pero déjame. Tengo mucho quehacer todavía. ¡Y el tren sale a las cinco! Oye, mamá, ¿dónde pusiste aquellas medias carne que me gustaban tanto?... En mi armario no están, y en el cajón de tu cómoda tampoco. ¡Ah!, por aquí hay una cosa que también me dejaba. *(La busca.)* Y el tren,

a las cinco. ¡Y yo, sin hacer el maletín todavía!... Pues aquí no está. A ver si te vistes, mamá. ¡Ah! Tengo que escribir a los tíos de Galicia... ¡Uy!, ¡la modista que tenía que venir esta noche! Bueno, ya volverá. *(Según va buscando.)* Y aquí tampoco. Me sabría muy mal, muy mal. ¡Como no esté allí! *(Va al otro lado de la escena y tropieza con su padre.)* Quita de en medio, papá. ¡Con la prisa que tengo! Tiene que estar aquí. Pero, mamá, ¿no te vistes?

CARMEN Con echarme un abrigo...

M. LUZ Tampoco aquí. ¿Dónde lo he puesto yo?... Pero si apenas sé dónde tengo la cabeza. Que me recojas los bordados, mamá. Y los figurines, que tienen que venir esta semana. Y tú, papá, a ver si me arreglas el costurero: que veamos tus mañas de una vez... ¡Ah! como venga otra carta del idiota de don Sixto, la quemáis! ¡Vaya con el vejestorio! Pero ¿qué se habrá creído de María Luz? ¡La quemáis, la quemáis! Por muy amigo tuyo que sea, papá! Por muy conde que sea, y muy académico, y muy compañero tuyo de trasillo... ¡Vaya con el hombre! Pero ¿dónde habré puesto yo eso, Señor? ¿dónde lo habré puesto?... Voy a acabar por ponerme nerviosa.

J. BAU. Y por ponernos a nosotros. ¡Qué encanto de hija!

CARMEN Pero, ¿qué es lo que buscas?

M. LUZ. El collar, mamá. Mi collar, el que me compraste últimamente. Juraría haberlo dejado aquí.

CARMEN Pero ¿qué collar? ¿El amarillo?

M. LUZ Sí, el de grandes cuentas, amarillas y verdes. El más bonito de todos. Y no me voy sin él, no me voy, no me voy.

CARMEN Pero, criatura...

M. LUZ ¿Qué, mamá?

CARMEN ¿Tú te has mirado al espejo?

M. LUZ *¿Eh? (Se mira a sí misma y ve que lleva puesto el collar que tanto busca.)*

J. BAU. ¡Ja, ja, ja, ja!

M. LUZ *(Sin saber si reír o llorar.)* Si ya digo que no sé dónde tengo la cabeza. Me voy a vestir.

J. BAU. *(Consulta el reloj.)* María Luz...

M. LUZ ¿Qué, papá?

J. BAU. Van a ser las cuatro, hija mía.

M. LUZ Bien. Me queda una hora.

CARMEN Quiere decir que se va a su tresillo.

M. LUZ ¡Ah!

J. BAU. Un abrazo a tu padre.

M. LUZ. Y dos, y tres, y cuarenta.

J. BAU. Tú no querrás que te acompañe a la estación, ¿verdad?

M. LUZ ¿Para qué, viniendo mamá? Y ni ella hace falta siquiera. De aquí al Metro hay cuarenta pasos, y me deja directamente en Atocha. ¡Pero se empeña...!

J. BAU. *(A Carmen.)* ¿Lo ves, mujer? *(Contemplando a su hija.)* ¡Qué encanto de criatura! *(A ella.)* Entonces, ¿me voy tranquilo a mi partida?

M. LUZ *(Recobrando su vivacidad, su falsa alegría)* Completamente, papá. Anda, anda, no llegues el último. Y duro con ese conde, que quiere ser mi esposo, ¡qué risa! Y con el médico, que es más antipático todavía. Duro, duro con el médico, papá. ¡Mátalo! Vengarás en él a todos sus enfermos, a todas sus víctimas. Y si no puedes matarlo, le haces el mayor daño posible; ¿lo harás? ¡treinta codillos seguidos! ¡ni uno menos! Y cuando caigas enfermo tú...

J. BAU. Llamo a otro médico.

M. LUZ No llamas a ninguno.

J. BAU. Me muero yo solito.

M. LUZ Justo. Adiós, papá. El tren sale a las cinco. Y tengo que hacer el maletín. Y bus-

car el collar. ¡Ah, no, el collar no! ¡Mamá, que te vistas! *(Al padre, dándole otro abrazo.)* Adiós.

J. BAU. Que seas buena, hija mía.

M. LUZ Sí, papá.

J. BAU. Buen viaje, hija mía.

M. LUZ Hasta la vuelta, papá.

J. BAU. Un abrazo a los tíos.

M. LUZ Bueno.

J. BAU. Y otro a mí.

M. LUZ *(Volviendo a abrazarle, queriendo despedirse de él.)* Hasta la vuelta, papá. *(Inicia el mutis por izquierda.)*

J. BAU. ¡Eh, eh, eh, María Luz, María Luz, María Luz!

M. LUZ ¿Qué, papá?

J. BAU. Así, no. He de ser yo quien se vaya el primero; y tú quien me despida, por ahí *(el ventanal)*, como siempre.

M. LUZ Pues anda, papá. Corre, que tengo el tiempo justo.

J. BAU. Ya voy. Hasta luego, Carmen. Que en volviendo de la estación hagas esa visita.

CARMEN La haré. Pierde cuidado.

J. BAU. *(Ya en el mutis por la derecha, echándole un beso a María Luz.)* Adiós, María Luz.

M. LUZ Adiós, papá.

M. LUZ Adiós, papá. *(Mutis J. Bautista por la derecha. María Luz se llega al ventanal para, al pasar, despedirle.) (Pasa J. Bautista y dice adiós con la mano a su hija. Esta le contesta lo mismo y espera, como esperando que él trasponga la puerta.) (Luego quiere retirarse de la ventana, pero durante un instante le faltan las fuerzas y tiene que apoyarse contra el quicio. Doña Carmen la mira por encima de los anteojos, sorprendiéndola justamente en dicho momento.) (Reaccionando, se separa de la ventana, dispuesta a hacer mutis por la izquierda.)* Anda, mamá, vístete.

CARMEN Ya te he dicho que, con ponerme un abrigo...

M. LUZ Pues póntelo, anda. Vamos a llegar tarde. *(Nerviosa.)* Anda, mamá: no me pongas nerviosa.

CARMEN María Luz, pero ¿qué prisa tienes?

M. LUZ ¿No he de tenerla? El tren sale a las cinco.

CARMEN Queda tiempo aún. ¿Qué es lo que te falta?

M. LUZ Guardar muchas cosas.

CARMEN Yo te las guardaré.

M. LUZ Y el maletín; ¿te parece poco?

CARMEN Yo te lo arreglo en dos minutos. No me gusta esa excitación, María Luz. Tienes que dominar esos nervios.

M. LUZ Pero ¿vas a venirme con sermones ahora?

CARMEN Ahora y siempre, chiquilla.

M. LUZ Bueno, mamá; no me desesperes. Di que este viaje se te ha puesto de punta.

CARMEN Completamente, hija mía. ¿Por qué voy a negarlo?

M. LUZ *(Haciéndose la víctima.)* Está bien, mamá. ¿Qué haré yo que te guste a ti? Pues tengo permiso de papá, ya lo sabes. Y no hago nada malo, yendo a pasar unos días a Aranjuez con los tíos.

CARMEN Claro que no.

M. LUZ Entonces... Anda, ayúdame a hacer el maletín.

CARMEN Vuelvo a decirte que tenemos tiempo.

M. LUZ ¡Qué terquedad! Pero si el tren sale a las cinco.

CARMEN Hay otro a las ocho. Si no coges el primero, cogerás el segundo.

M. LUZ Pero ¿por qué eso, mamá?

CARMEN ¿Has escrito a los tíos?

M. LUZ Sí, que salgan a esperarme; a ese tren de las cinco. ¿Y van a estar en la estación tres horas por un capricho tuyo? Tienes

cosas absurdas, mamá: permíteme que te lo diga.

CARMEN ¿Así interpretas el cariño de tu madre? ¿Diciendo que tiene cosas absurdas?

M. LUZ Si crees que no lo son...

CARMEN ¡Hijos, hijos!... Hasta los buenos como tú, dan estos desengaños.

M. LUZ Bueno, mamá... *(Inquieta, nerviosa.)*

CARMEN ¡Absurdo el querer de una madre! Absurdo el ocultar a una madre las cosas, María Luz. *(Gesto en ésta.)* ¿Quieres decirme por qué ese interés en marcharte de Madrid?

M. LUZ ¿Interés?

CARMEN Sí. Y he dicho mal; porque no parece que te vas de Madrid, sino que huyes. Estás demasiado inquieta y nerviosa, para irte a Aranjuez sin otro fin que pasar unos días con los tíos.

M. LUZ Lo que quieras, mamá. ¿Para qué discutir?

CARMEN Lo que quiera, no; lo que sea, lo que es, María Luz.

M. LUZ Pero ¿qué supones? Vamos a ver: que me entere yo de lo que piensas.

CARMEN Nada pienso ni supongo; y nada veo tampoco; pero mi corazón de madre presiente un peligro, y me avisa.

M. LUZ ¡Un peligro!

CARMEN Sí. ¿Vas a negarme... que hay un hombre en tu vida? *(Gesto en María Luz.)* ¡Y aunque lo negaras! Hay un hombre en ella... desde mucho antes de regresar a Madrid, desde el principio de tu veraneo. Y nada sé por nadie; y nada dijiste tú tampoco. Pero tus cartas desde allá tenían para estos viejos una alegría especial, un calor y una ternura que nunca tuvieron. Tu padre no comprendió: los hombres no reparan en esas cosas. Pero yo, sí. Las madres adivinamos en el cariño de nues-

tros hijos la parte que hay de egoísmo o de interés; y, lo que es más doloroso para nosotras, adivinamos también en cada caricia y beso suyos la parte que hay de beso y de caricia para los demás. ¿Cómo se le iba a escapar eso a tu madre, María Luz?... ¿No tengo razón?

M. LUZ Es posible, mamá. Pero que haya un hombre en la vida de una muchacha no es ningún delito.

CARMEN No lo es.

M. LUZ Entonces...

CARMEN Ni tampoco que esa muchacha se lo oculte a su madre; es ley también de vida, hecha costumbre por la ingratitud de los hijos. Pero has de reconocer que no me he equivocado. ¿Lo reconoces?

M. LUZ Sí.

CARMEN Y que he seguido a ese hombre paso a paso en tu vida, desde que has vuelto a Madrid; tus salidas frecuentes a la calle, tu manera de reír y de hablar; el anhelo que se manifestaba en todo lo tuyo; el calor y la pasión que en todo ponías.

M. LUZ ¿Qué más?

CARMEN Pero de dos semanas a esta parte, todo ha cambiado en ti.

M. LUZ ¿Ha cambiado, dices?

CARMEN Sí, María Luz.

M. LUZ No sé por qué.

CARMEN Soy yo quien no lo sabe; tú, sí.

M. LUZ Te aseguro que...

CARMEN No asegures nada; añadirías a la ingratitud del silencio la ofensa del engaño; y ya es bastante que no hayas sido sincera conmigo. *(Pausa. Se vuelve a ella quejumbrosa.)* ¿Por qué de dos semanas a esta parte estás más excitada y más nerviosa, María Luz? ¿Por qué esas alternativas de risa y de llanto?... Díselo a tu madre, mujer. ¿Qué pasa en ti?... ¿Querías con toda tu

alma a un hombre que no es acaso digno de tu corazón?... ¿O es que ese hombre ha olvidado los juramentos que te hiciera, y huyes de Madrid para olvidar? Díselo a tu madre: si hay una herida en tu alma, ¿quién va a curártela mejor que yo, María Luz?... Si hay lágrimas en tus ojos, ¿quién mejor que yo va a secártelas? ¿Dónde vas a encontrar unos brazos que te acojan como éstos, ni unos labios que te besen como los míos, ni un corazón que se abra para ti como el de tu madre?... Ven aquí, María Luz.

M. LUZ *(Conmovidísima, pero serena, fuerte, dominando su alma.)* ¿Qué quieres?

CARMEN Acércate. *(María Luz lo hace, pretendiendo sonreír.)* Vengan esas manos.

M. LUZ ¡Ja, ja! ¡Qué graciosa! Tómalas...

CARMEN Y mírame a los ojos.

M. LUZ ¡Ja, ja! Pues a los ojos. ¿Qué más quieres?

CARMEN Así... No vuelvas la cabeza.

M. LUZ No la vuelvo. Vas a hacerme llorar.

CARMEN María Luz... Mírame.

M. LUZ ¡Qué pesada te pones, mamá!...

CARMEN ¿Por qué primero me has callado tu amor y ahora tratas de ocultarme tu pena?

M. LUZ *(Pasado el instante en que su alma iba a explotar en sollozos y abrazarse a su madre, vuelve a ser la mujer serena y fuerte, fiel a sus propósitos...)* Pero si no hay pena de ninguna clase, mamá. Todo son figuraciones tuyas.

CARMEN ¿Figuraciones, hija mía?... ¿Así lo crees, María Luz? *(Le suelta las manos, dolida.)*

M. LUZ ¡Mira que pudiendo salir en el tren de las cinco! *(Ya dueña de sí por completo.)*

CARMEN ¡El tren de las cinco! Esa es tu obsesión. Y no puedo llegar hasta lo hondo de tu alma, María Luz; pero te conozco bas-

tante, para saber que hay una inquietud muy grande en tu vida.

M. LUZ ¿Por qué dices eso?

CARMEN Porque he tenido tus manos en las mías, y mis ojos han mirado a los tuyos frente a frente, y no te echaste a llorar... Venció tu alma sobre ti, esa alma fuerte y serena, que toda la vida ha sido mi preocupación... al mismo tiempo que mi orgullo. María Luz...

M. LUZ ¿Qué, mamá?

CARMEN Por última vez te lo pido...

M. LUZ No insistas, mamá. Tu corazón de madre ha presentido que había un hombre en mi vida, y yo no lo he negado. ¿Qué más quieres de mí? ¿Que te descubra por entero mi alma? ¿Y qué vas a ver en ella? ¿Esos pequeños detalles del querer, esas pequeñas angustias, esa excitación y nerviosidad de la mujer enamorada? Pero ¿a quién interesa todo eso más que al propio corazón que lo goza y lo sufre?... ¿Puedo hacer otra cosa que acatar tu voluntad? ¿No has querido que saliéramos en el tren de las cinco? Saldremos en el de las ocho. Pero cortemos esta conversación, porque hablando hablando va a echarse también esa hora encima, y yo no me habré vestido... Ya no sé donde he puesto lo que necesitaba. *(Busca en dos o tres sitios.)*

CARMEN María Luz, yo voy contigo a Aranjuez.

M. LUZ *(Volviéndose repentina, sin poder evitarlo.)* ¿Eh?

CARMEN ¿Te sorprende?

M. LUZ Lo veo inútil, mamá. Es más: lo considero humillante. *(Gesto en la madre.)* Sí, sí, humillante. ¿Por qué no puedo hacer ese viaje sola? ¿No basta ya con que me acompañes a la estación? ¿Que supones de mí? Dilo, dilo. Habla de una vez claramente.

CARMEN Sigo creyendo que huyes de Madrid.

M. LUZ ¿Por un hombre? ¿Por ése que tu instinto de madre ha sorprendido en mi vida?

CARMEN Por él, no... Con él.

M. LUZ ¿Con él...? *(Fuerte transición en su alma, al verse descubierta.)* ¡Ja, ja, ja!... ¿Qué quieres que haga, mamá? ¿Desesperarme? ¿Considerarme altamente ofendida por esas palabras? ¿Hacer un drama de lágrimas, y de sollozos, y de gritos? ¿Rasgarme el corazón de arriba abajo?... ¡Ja, ja, ja!... No, mamá. Te diré solamente unas palabras, corteses, amables, afectuosas... Tienes una gran imaginación. Te felicito por ello, mamá. Y ahora, déjame que me vista. *(Inicia el mutis por la izquierda.)*

CARMEN *(Ya cerca del mismo lateral, cerrándole el paso.)* No, María Luz.

M. LUZ ¿No quieres que me vista? ¿Vamos a perder también el tren de las ocho? ¡Pues lo perdemos! Todos los días salen trenes para Aranjuez. ¿Qué más da uno que otro?... Que esperen los tíos en la estación nuestra llegada. Como iremos las dos, entre las dos nos partiremos su malhumor. ¡Que nos esperen un tren y otro, y uno y otro día, y una semana entera!... ¡Qué risa! Los tíos y los primos en la estación de Aranjuez, muy callados, muy sentaditos, muy pacientes, espera que te espera. ¿A ver ese tren? ¡Pues no viene María Luz! ¿Y en ese otro? Tampoco. Esperemos al de la noche. Pues al de mañana!... Pero, chicos, ¿cuántas semanas llevamos ya en la estación? ¡Va a venir María Luz casada y con hijos! ¡Y a lo mejor, abuela!... ¡Ja, ja, ja, ja!... ¡Ja, ja, ja, ja!... ¡Ja, ja, ja, ja!... *(Ríe y ríe nerviosamente, sin dejar de reír, sin poder dejar de reír... Hasta que prorrumpe en amargo llanto.*

Pausa. Su madre se acerca a ella poco a poco.)

CARMEN ¿Lo ves, María Luz? No se engañó tu madre. Cuando vi que al tenderte mis brazos no caías en ellos, y que al abrirte mi pecho no desahogabas en lágrimas el tuyo, comprendí que no había un dolor en tu alma, sino una resolución; que no te abandonaba un hombre... sino que escapabas con él. *(Pausa.)* Pero ¿cómo has podido llegar a eso, María Luz? ¿Cómo pudiste pensar en dejarnos? ¿Qué daño te hicimos, mujer?... Si tanto te quiere ese hombre, para que así le entregues tu amor y nuestra amargura, ¿por qué no viene a pedirnos tu mano? Di, María Luz; habla algo, mujer... ¿Qué más dolor esconde tu silencio? ¿Es acaso un hombre indigno de ti?... ¿Es tal vez un hombre casado? Tiene que serlo, sí. Hablarías, si no. La firmeza de tu alma te ha traído a esto. Y bien tomada tendrás tu decisión, porque eres mujer que todo lo piensa y lo medita. ¡Por nada del mundo volverás de tu propósito: lo sé! *(Sin sollozos, con un hilo tenue de voz.)* ¡Pues cúmplelo! Si tarde o temprano has de irte con ese hombre, vete ya, María Luz. No retrases tu dicha, ni hagas caso del dolor de estos viejos. Huye con él, antes de que vuelva tu padre: él no te perdonaría, como yo te perdono. Vete, María Luz, vete... *(Va al mutis por la izquierda, sin voz ya, sin aliento, sin vida, destrozada horriblemente su alma de madre.)*

M. LUZ *(Sin poder ya contenerse.)* ¡Mamá, mamá! *(La pobre madre se vuelve, con un rayo de esperanza en sus ojos. María Luz va a ella y se abrazan las dos con toda su alma.)* ¡Madre mía querida!

CARMEN ¡Hija de mi alma!

M. LUZ Ya no me voy. ¡Ya no me voy!... ¿Cómo abandonar a mis pobres viejos? ¡Aquí me quedo para siempre!

CARMEN *(Radiante.)* ¿De veras, María Luz?

M. LUZ De veras. Ese hombre es el amor de mi vida. Pues ha de haber en mi vida otro amor más grande: ¡el amor a mis viejos! ¡Ese, madre mía! No me voy ya. María Luz sabrá echar una llave a su corazón. ¿Que no puede amar? ¡No amará! ¿Que no puede ser feliz? ¡No será! Pero sus pobres viejos no derramarán por ella una sola lágrima.

CARMEN Pero, hija mía... Tu dicha antes que todo.

M. LUZ ¡No! ¿Temiste siempre por la firmeza de mi alma? ¿Viste un peligro siempre en la serenidad de mi corazón? Pues si ellas te dieron el disgusto más grande de tu vida, que ahora te den la más grande alegría, si lo es para ti que me quede a vuestro lado. ¡Aquí, serenidad de mi corazón! ¡Aquí, firmeza de mi alma! Os necesito para dar la dicha a una madre; para secar estos ojos, y para la paz de esta frente. *(La besa en ella. Su madre se le abraza de nuevo.)*

M. LUZ *(Desprendiéndose suavemente.)* ¡Ea! ¡Se acabaron las lágrimas!... ¡Un nudo al pasado, y otro al corazón!... ¡A ser hija! ¡A ser honrada y leal a unos viejos!... Y las dos a callar, mamá; que papá no se entere de nada. *(Queriendo aparentar alegría.)* Y tú, a secarte esos ojos que te pusiste como huevos. Y yo a limpiarme los míos, a manotazo limpio: ¡así... y así! *(Lo hace.)* Eso es. Y que la vida siga lo mismo; hasta que Dios le marque otro rumbo. Ahora tú a la visita que papá te encargó; pero llégate antes a él, y dile que María Luz no va a Aranjuez esta noche; que se va mañana... y con vosotros, para

que juntos los tres, y más unidos que nunca, pasemos con vuestros hermanos unos días. No muchos, mamá; no vayas a asustarle; porque el miércoles hay que estar aquí de vuelta. El miércoles es día solemne para todos, ¡ja, ja! Papá juega su tresillo.

CARMEN Hija mía... *(Queriendo abrazarla de nuevo.)*

M. LUZ Ya he dicho que se acabaron las lágrimas. ¡Y los abrazos! ¡Como si nada hubiera habido!... A mis labios vuelve la risa, y la paz a mi corazón. ¡Conque a lo tuyo tú!...

CARMEN Sí, hija mía, sí.

M. LUZ Dile en seguida lo del viaje a papá; en cuanto veas que acaba de dar, y que dice a sus compañeros de juego, muy serio, muy solemne, muy burgués, como si no hubiera roto un plato en su vida, "que ustedes se diviertan", entonces se lo dices. ¡Ja, ja, ja! ¿Lo harás?

CARMEN Sí, María Luz.

M. LUZ Y después, a la visita.

CARMEN A la visita, sí.

M. LUZ Pues hasta luego, mamá. María Luz se queda aquí para siempre.

CARMEN Hasta luego, hija mía. *(Mutis doña Carmen por la derecha, viéndosela luego pasar por detrás del ventanal... María Luz le envía besos con las puntas de los dedos. Hay una pausa larga. María Luz permanece un momento ensimismada, absorta.)*

M. LUZ ¡Pobrecitos míos!... Pero, ¿cómo he podido yo...? ¿Por un egoísmo? ¿Por un amor? ¡En fin, pasó para siempre! *(Se levanta y va de un lado para otro, guardando algunas cosas que antes hubiera sacado para el viaje. En una de las veces que se halla de espaldas al ventanal, asoma a éste Víctor, mirando con recelo hacia la izquierda del forillo, como para que no le vean. En se-*

guida hace mutis del forillo por la derecha, para entrar en escena por el mismo lado. Pero antes hay una pausa, durante la cual María Luz, que estaba de espalda al ventanal, ha creído ver, al volverse, una sombra y va a la cristalera. Presa de gran angustia queda un momento, sin decidirse a ir a la derecha. Entonces entra en escena Víctor, en traje de viaje, con abrigo.) ¿Eh! ¡Tú!

VICTOR Yo.

M. LUZ Pero, Víctor... ¿Cómo te atreves...?

VICTOR Estoy en la entrada de la calle desde las tres, impaciente, nervioso, porque llegaba la hora y no salías con tu madre para la estación, según lo convenido. Y ahora, cuando la vi salir, y sola, juzgué que nadie quedaba en la casa, y me he atrevido... Pero me voy, María Luz; que no me sorprendan. Estaba intranquilo por ti; te creía indecisa, enferma... ¡qué sé yo! Que no perdamos el tren de las ocho. En Aranjuez seguirá esperándonos el automóvil que ha de llevarnos a Santander. Y allí el barco que ha de conducirnos a Nueva York. ¡A América, María Luz! ¡Al amor y a la dicha! ¡A la vida y a la libertad!...

M. LUZ *(Débilmente.)* No, Víctor, no.

VICTOR ¿Eh?

M. LUZ María Luz no se mueve de aquí.

VICTOR ¿Qué dices?... No, no: he oído mal.

M. LUZ No has oído mal, Víctor; me quedo con mis padres, con mis pobres viejos. Comprende que íbamos a hacer una locura irreparable.

VICTOR ¿Irrepa... Pero, a ver, a ver, María Luz: explícate. ¿Cómo es posible que te vuelvas atrás? No puedo creerlo; es un sueño, sin duda.

M. LUZ Un sueño: tú lo has dicho. ¿Cómo, estando

despierta, iba a aceptar lo que me proponías?

VICTOR Te lo propuso tu mismo corazón.

M. LUZ ¿El mío?

VICTOR ¡El tuyo, queriéndome! ¡El tuyo, empujándome a una esperanza, a una vida nueva!... ¿Y ahora resulta que fué para esto? No, no. Imposible. Tú no has podido llevarme ante la puerta de un paraíso para decirme: "Aquí se goza eternamente, viviendo la verdadera vida, pero tú no entrarás." ¡Eso, no! Sería entonces juguete de tu voluntariedad o de tu capricho. Y no lo he sido jamás en manos de ninguna mujer: menos en las tuyas.

M. LUZ *(Dolorida.)* ¿Por qué dices eso, Víctor?

VICTOR Yo vivía sereno y feliz, con mis trabajos y la ilusión de mi hogar, y tú trajiste una turbación a mi alma. Cuando luego tuve el desengaño más grande de mi vida, apareciste tú, para no dejarme caer en el dolor ni en el abandono, y para abrirle a mi alma nuevos horizontes y nuevas alegrías. ¿Por qué todo eso, María Luz? ¿Eras mi ángel bueno... o mi ángel malo? Para llegar a este final, ¿por qué no me dejaste ser feliz cuando quise serlo? Y ¿por qué, después, no me dejaste tampoco serlo... cuando quise ser desgraciado?

M. LUZ No me atormentes, Víctor. Todo lo comprendo. Pero, ¿qué puede hacerse? ¿Qué solución hay para esto?

VICTOR Una sola: la que acordamos; huir los dos y colgar nuestro nido muy, lejos, muy alto ¡adonde no llegue nadie!

M. LUZ ¿Y adónde no llegarán las lágrimas de mis padres, Víctor?

VICTOR ¿Y dónde ocultaré yo las mías, María Luz?

M. LUZ Pero ellos, ¿por qué han de pagar esta fatalidad de que yo te quiera y no pueda

ser tu esposa? ¿Tienen acaso la culpa de tu desgracia?

VICTOR No. Pero, ¿la tengo yo? Ni Eduardo tampoco, y le hemos echado a un lado de nuestro camino, sin acordarnos de él... Nadie tiene la culpa de nada en la vida, que es la verdadera culpable de todo. ¿Comprendes, María Luz?

M. LUZ Sí, Víctor, sí. Tienes razón. Pero estoy decidida... No dejaré esta casa contra la ley de los hombres ni contra el mandato de Dios.

VICTOR Así he dejado la mía, porque en ella no sirvieron mandatos ni leyes para hacerme dichoso.

M. LUZ No es igual.

VICTOR ¡Sí lo es!

M. LUZ Te equivocas, Víctor. Esta es una casa honrada, lo mismo que yo.

VICTOR ¡Honrada!

M. LUZ ¿Lo dudas?

VICTOR No, María Luz. Por honrada te quise y te quiero. Pero aun no siéndolo, te querría lo mismo... como tú me quisiste aun después de saberme casado. Y si entonces no te consideraste deshonrada con un amor que las gentes llaman impuro, contra toda moral y contra toda costumbre, ¿por qué te consideras ahora?

M. LUZ No, Víctor...

VICTOR Sí, María Luz. Y es que entonces un amor muy grande había estallado en tu alma, y lo saltaba y lo arrollaba todo; mientras que ahora...

M. LUZ ¿Qué supones, Víctor?

VICTOR Que no me quieres ya. Y esa es mi desgracia, más que la otra: quererte con pasión, con locura, con frenesí... demasiado tarde; ver estallar en mi alma la hoguera de un amor inmenso... cuando esa hoguera se ha consumido en la tuya.

M. LUZ ¡No, eso no!

VICTOR ¡Eso, sí!

M. LUZ Yo te quiero lo mismo, como entonces, como siempre.

VICTOR ¡No!

M. LUZ Sí, Víctor. ¿Por qué no lo crees? ¿Por qué destrozas mi alma dudándolo?

VICTOR *(Incrédulo.)* ¿Que destrozo tu alma...!

M. LUZ Y sin piedad, cuando debieras tenerla para mí. Oyeme, Víctor... Hace un momento estaba decidida a marcharme contigo, preparada, resuelta. Pero mi madre, por instinto, lo ha comprendido todo.

VICTOR Y no te ha dejado, claro. ¡Te habrá contenido con sus razones de familia y de honra, de moral y de hogar!

M. LUZ No, Víctor; me ha contenido con sus lágrimas, con su pobre corazón de madre destrozado... Y así ha rasgado el mío, como tú lo rasgas ahora. ¿Por qué estrujáis mi corazón entre los dos? ¿Por qué tu desgracia y la suya vienen a juntarse en mi alma, que tiene que sufrir uno y otro dolor?... ¿Por qué hice el propósito firme de quedarme en esta casa, y se ha derrumbado cuando entraste en ella; y hablando contigo son débiles razones en mis labios todas las razones, y débiles en tu presencia todas las defensas de mi alma, que sigue a tu lado, que se va tras de ti, porque te quiere a ti, como entonces y como siempre, por encima y a despecho de todo?... *(Va a él.)*

VICTOR *(Acogiéndola en sus brazos.)* ¡María Luz! ¡María Luz!...

M. LUZ Tuya soy, Víctor. En otro momento como este, de indecisión para nuestras vidas, acaté tu voluntad; con mayor motivo ahora, en tus brazos... ¿Quieres dejarme con los míos, y que toda nuestra vida sea recuerdo y sacrificio? ¡Déjame!

VICTOR ¡No, no!

M. LUZ ¿Quieres arrancarme de ellos, y llevarme a América, a otra vida, a formar el hogar que soñamos tú y yo?...

VICTOR ¡Sí, eso, eso! ¡Por encima de lágrimas y de dolores!

M. LUZ ¡Pues sea!

VICTOR ¿De veras, María Luz?

M. LUZ Con el alma y la vida, que no me pertenecen, que no son mías ya. ¡Y ahora mismo, sin ropa, sin equipaje, sin nada! Con un abrigo encima... ¡Antes de que vuelva mi madre y me detengan sus lágrimas!... Voy por él. Víctor. Un momento y volamos a nuestro afán. ¡Nada vibra en mi corazón: ningún sentimiento, ninguna piedad! Mis ojos no ven más que una sola luz en el camino: la de nuestro amor. ¡Pues a él, Víctor!... ¡A él! ¡A él!... *(Mutis por la izquierda. Hay una pausa, durante la cual Víctor, solo, se dirige lentamente hacia la derecha, como esperando que salga María Luz para huir. Mas, de pronto, aparece tras el ventanal la figura del padre, que pasa sin mirar hacia adentro, al mismo tiempo que vuelve María Luz y le ve, quedando aterrada.)* ¡Oh!... ¡Víctor! ¡Mi padre! *(Nueva pausa. Por la derecha entra don Juan Bautista, que, enterado de todo, venía dispuesto a abrazar a su hija, pero que se sorprende al ver allí a Víctor.)*

J. BAU. ¿Eh? ¿Quién es usted y a qué ha venido aquí?

M. LUZ Papá...

J. BAU. *(Siempre a Víctor.)* ¡Conteste!

VICTOR Caballero...

M. LUZ Yo te diré, papá...

J. BAU. Nada tienes que decirme; todo me lo ha contado tu madre, a la que has engañado, como ahora tratarías de engañarme a mí.

VICTOR Caballero, es que...

J. BAU. Hablo con mi hija, señor. Usted y yo nos entenderemos ahora. Déjanos, María Luz.

M. LUZ Papá, yo te aseguro...

J. BAU. Que nos dejes, te mando. *(María Luz inicia el mutis por la izquierda, pero en seguida se detiene, a la frase de su padre.)* Y no por ahí. *(Señala la derecha:)* Por aquí.

M. LUZ *(Suplicante.)* Papá...

J. BAU. Espera en el jardín, en la puerta, en la calle, donde quieras; pero no dentro de esta casa, que pensabas dejar.

M. LUZ ¡No, no! *(Yendo a él.)* ¡Eso no, papá!

J. BAU. ¡Quita! A mí no pueden conmoverme tus lágrimas. Aguarda donde quieras el resultado de mi conservación con este... caballero. *(María Luz, ante el enérgico ademán del padre, hace mutis por la derecha.)*

VICTOR ¡Yo me voy con ella!

J. BAU. *(Cerrándole el paso.)* Usted se queda aquí, señor mío.

VICTOR ¿Con qué derecho?...

J. BAU. ¡Con todos los derechos! Soy el dueño de esta casa, soy el padre de María Luz... y soy un hombre. Viejo, sin fuerzas apenas y sin energías, pero ¡un hombre! Salte por encima de mí, si quiere irse con ella. *(Jadeante, nervioso... Pausa.)* Y como hombre que soy... y ya que ha tratado de discutir mis derechos, dígame los suyos, para llevarse a mi hija.

VICTOR La quiero con toda mi alma.

J. BAU. Así la quiero yo: no es bastante.

VICTOR ¿Qué más hace falta? Quiero a María Luz y ella me quiere a mí. Nos queremos hondamente, conscientemente: ni ella es una niña, ni yo un seductor... Por otra parte, nuestros amores no pueden acabar como todos, en el matrimonio, porque yo soy casado. ¿Qué hacer, entonces? ¿Renunciar por eso a nuestra dicha? ¿Dejar de que-

rernos? ¡No! Contra todo obstáculo hemos de unir nuestras vidas. ¿Que la ley no nos deja? ¡Pues contra la ley! ¿Que la moral, y la familia, y el honor se oponen? ¡Pues contra ellos!...

J. BAU. Pero, hace falta cinismo...

VICTOR ¡Rechazo esa palabra, caballero! Yo no soy un desalmado que se lleve a América a su hija para hacerla desgraciada; ni un aventurero que se vaya con ella a tierras tan lejanas, para probar fortuna. Soy el ingeniero Nogales, y me pone a su frente una poderosa compañía de construcciones en Nueva York. Allí tendré con María Luz la honradez y la alegría que me han faltado en mi casa, y la gloria y el dinero que no han merecido.

J. BAU. Según eso, ¿usted no ha sido dichoso en su hogar?

VICTOR No, señor.

J. BAU. ¿Por culpa de una mujer?

VICTOR Por culpa de la mía: siendo mía con arreglo a toda moral y toda ley.

J. BAU. Y es entonces, por haberse derrumbado su hogar...

VICTOR Por lo que quiero formarlo de nuevo, sí, señor.

J. BAU. ¿Con mi hija?

VICTOR Con María Luz.

J. BAU. ¡Qué cómodo es eso!...

VICTOR Explíquese.

J. BAU. Pero, ¿es que usted supone lícito levantar un hogar hundido, con los pedazos de otro? ¿Y es que se figura que voy a hacer pedazos mi dicha, para que usted forme la suya? Se equivoca, señor ingeniero: en sus construcciones, podrá una derrumbarse y formarla en seguida con los materiales de otra; pero en cosas del hogar y de la conciencia, lo que una vez se hunde.... no se levanta más.

VICTOR ¡No importa, no importa! Si pidiese a su hija en matrimonio, también formaría mi hogar con los pedazos del suyo.

J. BAU. Sería muy distinto.

VICTOR No lo sería. Entonces también saldría su hija de esta casa para venir a mis brazos, y en ella se quedarían ustedes solos como ahora. También entonces sufrirían su cariño y su amargura de padres.

J. BAU. ¡Eso es! Nuestra amargura y nuestro cariño de padres, que no pueden ser sacrificados a su egoísmo.

VICTOR ¿A mi egoísmo?

J. BAU. Sí, señor.

VICTOR ¿Lo es en mí que quiera ser dichoso en un hogar nuevo? Pues también en ustedes el no dejar que les arrebaten su dicha. ¿Lo es en mí el haber hecho de María Luz mañana de mis ensueños y de mis afanes, mi ilusión, y mi vida, y mi todo? Pues también en ustedes, que la consideren alivio en su enfermedad, y consuelo en su vejez, y mano querida que les cierre los ojos... ¡Ah, señor! Yo habré querido formar el mío con los pedazos de otro hogar, pero los padres muchas veces forman los últimos años de su vida con pedazos del corazón de sus hijos! *(Pausa.)*

J. BAU. *(Conmovido profundamente.)* ¡Con pedazos del corazón de sus hijos!... Entonces, ¿cree usted... que yo no debo detener a María Luz?

VICTOR No, señor.

J. BAU. ¿Que debo dejarla ir a su destino, que es usted?

VICTOR Sí.

J. BAU. ¿Aunque salga de aquí con la frente baja?

VICTOR ¡Como sea!

J. BAU. *(Con creciente congoja.)* ¿Aunque deje sin él a una familia de honor?

VICTOR ¡Por encima del honor y de todo está el

corazón. Ustedes no tienen derecho a disponer de la vida de su hija, prohibiéndole un amor que es su vida.

J. BAU. ¿Ese amor es su vida?

VICTOR Lo es.

J. BAU. ¿Ella también está dispuesta a todo? ¿Tarde o temprano... está decidida a volar de esta casa?

VICTOR Tarde o temprano fundirá con la mía su vida, porque mientras yo no renuncie a su corazón... ¡su corazón es mío!

J. BAU. ¡Suyo!... ¿Y usted la querrá siempre?

VICTOR ¡Siempre!

J. BAU. ¿Sin renunciar nunca a ella?... ¿Aunque se lo pidiéramos con todo el dolor de nuestra alma?... con todas las lágrimas de su madre...

VICTOR ¡Ni con todas las suyas!

J. BAU. *(Sereno, firme.)* ¡Ah, las mías no! Viejo soy, pero nada quiero por compasión ni por lástima. Los muchos dolores que en la vida he padecido y hecho padecer, me han secado los ojos, señor. Usted no sabe que yo he pasado once años fuera de esta casa, sin acordarme de que era padre y marido... entregado a mi arte y a mi bohemia. Yo he sido muy malo con estas dos mujeres, señor. No estoy en mi derecho al defender la casa en nombre de lo que yo mismo pisoteé... Por eso, al nombrar usted la palabra "egoísmo", me hirió en el corazón. Acaso sí; acaso el egoísmo me hizo volver, viéndome triste y solo, y camino de viejo. Acaso no es otra cosa que egoísmo este amor inmenso a mi hija... Por eso también, iba tomando una resolución mientras usted hablaba. No tengo derecho a disponer de la vida de María Luz... pero lo tengo para disponer de la mía. Usted se lleva a mi hija; ella y usted huyen a su amor y a su ventura. Pero no habrán

llegado al término de la calle... sin que haya puesto yo fin a mi vida.

VICTOR ¿Eh? Caballero...

J. BAU. ¿Por qué se apura? Si el corazón salta por todo, ¿qué más da que lo haga por encima de mí?

VICTOR No, no... Usted sabe bien que... María Luz había de acusarme siempre de la muerte de usted.

J. BAU. ¿Y por qué enterar a María Luz? Ni ella ni usted han de volver los ojos atrás; ni tiene por qué llegar a sus oídos el pistoletazo... Tampoco ha de caer el peso de mi vida sobre el amor de ustedes. No me la quito por amargar y destruir ese amor, sino porque debo quitármela, porque lo creo todo castigo a mi pasado... ¿Iba a tener mi vida de aventura, de cinismo y de bohemia, el final burgués que yo le preparaba: cariño de hogar, el perdón y el amor de dos mujeres, la estimación de las gentes... y mi partida de tresillo todas las semanas? Era mucha dicha, señor, y nada hice para merecerla... Conque ande, ande usted: allí está María Luz. *(Cerca del ventanal.)* Se la ve desde aquí... En un rincón del jardín espera que usted salga. Pues tiéndale su mano en despedida, roto el corazón como el mío, y tragándose las lágrimas... o cuélguela de su brazo, y huyan para siempre. Lo que usted quiera, señor; lo que usted comprenda. Yo cumpliré con lo que creo mi deber. Cumpla usted ahora con su deber... o con su amor. *(Víctor, emocionado, angustiado a la vez, hace mutis por la derecha. Hay una pausa completa y solemne. Juan Bautista va a un mueble y saca un revólver, mientras se ve pasar a Víctor por detrás del ventanal. Hecho esto, se llega Juan Bautista al foro y espera con ansiedad.)* ¡Eso!... tiéndele tu mano... ¡Así...

abrázala! ¡También!... ¡Y huye con ella! *(Reacción.)* ¿Eh?... ¿No huyes?... ¿Te despides? ¡Sí, sí, con toda tu pena!, con toda tu amargura... como yo las tenía... ¡Así! ¡Adiós!... ¡Adiós!... *(Con inmensa alegría.)* ¡María Luz!... ¡Hija! ¡Hija!... Aquí!... ¡A estos brazos!... ¡A estos!... *(Obscuro.)*

MUTACION

EPILOGO

Al encenderse de nuevo la luz, aparece la misma situación del prólogo: la marquesa leyendo, y Víctor sentado frente a ella. Sólo que Víctor quedó en el prólogo en actitud de elegante indiferencia, mientras que ahora tiene la cabeza entre las manos, por dolor y arrepentimiento.

CARMEN *(Leyendo la última cuartilla.)* ...y el pobre Víctor de los Nogales, sin poder ya ser feliz, rota su vida y en pedazos su alma, echa a andar calle adelante. Vacilan sus pasos, y la gente se detiene con curiosidad. —¿Qué le pasa a ese hombre?—dicen todos. Pero no es un hombre: es un símbolo, un espejo en el que deben mirarse las mujeres del día para no destruir su hogar, y los hombres casados con una mujercita que les adora... cuando con una mujer del día van a hacerle traición. *(Pausa. Deja la cuartilla. Víctor sigue ensimismado.)* Esta es la novela. *(Mirando hacia la derecha.)* Y a tiempo terminada su lectura, porque ahí tienes a María Luz. *(Víctor se levanta. Entra por la derecha María Luz, elegantísima, en traje de calle, siendo ahora la marquesita de Monteblanco.)*

M. LUZ Buenas noches. ¿Vestido, Víctor?... ¡Hola, mamá! *(A Víctor.)* ¿No comes en casa?

VICTOR Como en el Ritz.

CARMEN Y con una mujer, María Luz.

VICTOR Con una mujer, sí señora. ¡Con ella!

TELON

FIN DE LA COMEDIA

3 0112 098528315